

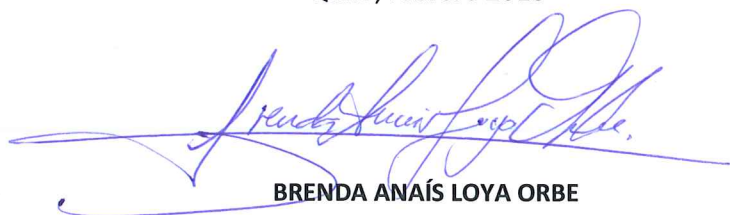
DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo: **BRENDA ANAÍS LOYA ORBE**, con **CC. 172602535-4**, autora del trabajo de graduación intitulado: **"ANÁLISIS DIFERENCIAL ENTRE EL DELIRIO DE LA PSICOSIS Y LA LOCURA HISTÉRICA DESDE LA TEORÍA PSICOANALÍTICA"**, previa a la obtención del título profesional de **PSICÓLOGA CLÍNICA**, en la Facultad de **Psicología**.

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE, el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, febrero 2018



BRENDA ANAÍS LOYA ORBE
CC. 172602535-4

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

ESCUELA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA

DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE
PSICÓLOGA CLÍNICA

“ANÁLISIS DIFERENCIAL ENTRE EL DELIRIO DE LA PSICOSIS Y LA
LOCURA HISTÉRICA DESDE LA TEORÍA PSICOANALÍTICA”

BRENDA ANAÍS LOYA ORBE

DIRECTOR: MTR. CARLOS TIPÁN

QUITO, 2017

“Imposible metalenguajear. Imposible decir lo que Lacan dijo o lo que Lacan quiso decir so pena de caricatura...No se lee a Lacan de la misma manera después de una hora de análisis; no se escucha al paciente de igual modo después de leer un texto de Lacan” (Braunstein, 2005).

Si el psicoanálisis se encuentra atravesado por el vacío de la estructura que indica la inexistencia de una partida inicial y la falta de fundamento, me parece a mí que queda abierta la posibilidad de retomar de otro modo lo que se ha escrito y dicho ya. Este escrito no hace más que dar cuenta de la circularidad del saber, dejando en mí el resonar de más preguntas de las que han sostenido este trabajo.

Schreber: “De esta manera se tramó un complot contra mí, que paró en esto: luego que se hubiere reconocido o supuesto que mi enfermedad nerviosa era incurable, se me entregaría a un hombre y de tal suerte le darían mi alma, y en cuanto a mi cuerpo, mudado en cuerpo de mujer (...) sería entregado así al hombre en cuestión para que cometiera abuso sexual” (Freud, 1911[1910]/2006, pág. 42).

Renée: “Cada vez me sentía más culpable, más criminal, y mi castigo consistía en tener mis manos transformadas en garras de gato, temía mucho esas manos y sabía que muy pronto me transformaría en gato hambriento de los que por los cementerios y me vería obligada a devorar cadáveres” (Sechehaye, 1958, pág. 161).

ÍNDICE

RESUMEN	v
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I	4
1. ACERCA DE LA PARANOIA	4
1.1 ALGUNAS NOCIONES DE PARANOIA: LOS TEXTOS DE FREUD	4
1.1.1 Las Neuropsicosis de Defensa	5
1.1.2 Delirio: Caso Schreber	6
1.1.3 Tipos de delirios	7
1.1.4 Acerca de la noción de Narcisismo	9
1.1.5 Psicosis y Neurosis	10
1.2 BREVE PASAJE POR LA PARANOIA: LACAN	11
1.2.1 Sobre el estadio del espejo	11
1.2.2 La forclusión del significante del Nombre-del-Padre	13
1.2.3 Delirio y Paranoia	20
1.2.4 El goce en la paranoia	24
CAPÍTULO II	27
2. CONSIDERACIONES SOBRE LA HISTERIA	27
2.1 ALGUNAS NOCIONES DE HISTERIA: LOS TEXTOS DE FREUD	27
2.1.1 Breve recorrido de las primeras formulaciones de histeria	28
2.1.2 Represión y síntoma en la histeria	30
2.1.3 Complejo de Edipo: Mujer	33
2.2 ALGUNAS APROXIMACIONES DE HISTERIA: LACAN	37
2.2.1 La función del padre en la histeria	37
2.2.2 La mujer, no-toda: Las fórmulas de la sexuación	41
2.2.3 Excesos de histeria-locura histérica: el goce del Otro	46
2.2.4 Delirio e histeria	53
CAPÍTULO III	56
3. DISTINCIÓN DEL DELIRIO: PARANOIA E HISTERIA	56
3.1 Diferencias: Paranoia e histeria	56
3.2 Distinción del delirio: histeria y paranoia	62
CONCLUSIONES	66
BIBLIOGRAFÍA	70

RESUMEN

Resulta evidente la existencia de saberes contruidos por redes de significantes en los que términos tales como: psiquiatría, desorden, patología, delirio, locura, enfermo y enfermedad mental, constituyen un valor predominante en la *civilización actual*¹. Dichos saberes, relacionados la mayoría de las veces con las ciencias positivas, pretenden demostrar una verdad tangible, es decir, verdades que establezcan certezas.

En contraste, el psicoanálisis, al estar atravesado por una operación vaciante, da cuenta que el conocimiento no sostiene verdades. El estudio de la hipótesis del inconsciente deja traslucir un saber que pertenece a cada sujeto, que se produce en el acto de la palabra. Allí donde un sujeto dice y otro escucha, se produce la operación del inconsciente.

Es así como el psicoanálisis presta oídos al sujeto forcluido por la ciencia. De esta manera, reconoce que el saber médico atribuye exclusivamente la presencia de delirios a las llamadas esquizofrenias y paranoias; sin embargo, Sigmund Freud, el retorno de Jaques Lacan a las lecturas freudianas y la elaboración de Jean Claude Maleval permiten dar cuenta de la existencia de delirios en la histeria y la neurosis obsesiva.

El presente trabajo es efecto de la lectura de ciertos planteamientos del discurso psicoanalítico y tiene como propósito analizar las diferencias existentes entre el delirio de la paranoia y el de la histeria, con la finalidad de establecer que los mecanismos que rigen el delirio de la psicosis divergen a los de la neurosis, evidenciando así, que paranoia e histeria son modos de decir en la estructura del psicoanálisis, es decir del lenguaje.

Palabras clave: psicosis, neurosis, paranoia, histeria, locura histérica, delirio, delirio histérico, castración, forclusión, goce, deseo

¹Rene Lew: Positions subjectives dans la culture, auxquelles la civilisation contrevient en imposant une ontologie adaptative. Guayaquil-Ecuador. 18 de Octubre del 2017.

INTRODUCCIÓN

El delirio surge como una perturbación mental en el discurso psiquiátrico y ha sido entretejido a las psicosis a lo largo de la historia, como efecto, el delirio constituye un signo que engloba un padecer clasificable en los conocidos manuales diagnósticos, por consiguiente, el delirio se encuentra sujeto a lo que la clasificación psiquiátrica da por nombre de *trastornos mentales*, quedando así articulado exclusivamente a la llamada *esquizofrenia*.

En consecuencia, el delirio, en relación al saber médico, queda delegado como un signo útil para establecer un diagnóstico, negando así la esencia de la subjetividad; en contraste, el estudio de la hipótesis del inconsciente da cuenta en la práctica de la palabra que posiciones como la histeria pueden expresar un delirio, posición que ha sido más conocida por el nombre de locura histérica.

Los campos *psi*, es decir la psiquiatría, las psicologías y el psicoanálisis, son quizá los espacios que trabajan eventualmente con delirios, es así como resulta indispensable el otorgar una escucha activa al sujeto con la finalidad de determinar qué delirio se estaría escuchando, de modo que resulta relevante el subrayar la existencia de delirios a otras posiciones que divergen de la psicosis, ya que un diagnóstico errado tiene consecuencias que pueden comprometen la ex-sistencia de sujeto, sobre todo si una histeria no es tomada como tal y es identificada como una paranoia.

Por esta razón, el presente trabajo tiene como propósito establecer una aproximación psicoanalítica de las diferencias del delirio que se ven sostenidas tanto en la locura histérica como en la paranoia, permitiendo bordear así las lecturas de Freud, Lacan y Maleval. Al mencionado propósito, se le añaden otros objetivos como el de realizar un recorrido sobre las formulaciones de ambas posiciones subjetivas para delimitar los aspectos relevantes de cada una en consonancia con el delirio.

Así, el objeto de estudio de este trabajo queda vinculado al delirio de la psicosis y la locura histeria, con la finalidad de determinar cómo han sido articulados por el saber psicoanalítico. Los aspectos secundarios de esta disertación se encuentran relacionados con el recorrido del complejo de castración, el complejo de Edipo, la Ley de simbolización, la forclusión del significante del Nombre-del-padre, las fórmulas de la sexuación, la angustia y el goce.

Resulta sustancial el manifestar que esta disertación es netamente teórica, razón por la cual que no posee ninguna constatación práctica. Este trabajo es entonces efecto de la lectura de varios textos psicoanalíticos que explican el delirio tanto psicótico como histórico. El método de elaboración ha sido el deductivo e inductivo, el cual permitió bosquejar un análisis crítico del material bibliográfico.

El presente trabajo consta de tres capítulos que se encuentran estrechamente anudados. El primer capítulo articula la concepción de la psicosis freudiana, razón por la cual serán abordados diferentes textos para dicha explicación, entre los principales se encuentran: “*Neurosis y Psicosis*” (Freud, 1924/2008), “*La pérdida de la realidad en la neurosis y psicosis*” (Freud, 1924/2008), textos en los que se manifiesta que las psicosis constituyen una perturbación entre los vínculos del mundo exterior y del yo. De igual manera, el trabajo de “*Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia*” (Freud, 1911[1910]/2006) es trascendental para inferir el fracaso del Edipo, el delirio como un intento de curación, el fenómeno de la proyección y la noción sobre el narcisismo.

Tras las conceptualizaciones de Freud, es imprescindible situar la presente investigación en los escritos de Lacan, quien, en su retorno a Freud, introduce el concepto de forclusión. Así, en el Seminario “*Las psicosis*” (Lacan, 1955-56/1998) da cuenta de la *Verwerfung* en Freud. Por consiguiente, Lacan explica que en las psicosis se presenta la expulsión del significante del Nombre-del-Padre en la estructuración psíquica del sujeto. Además, para esclarecer otros conceptos relevantes en torno a las psicosis se abordará el texto “La Forclusión del Nombre del Padre” de Jean Claude Maleval. (Maleval, 2002)

En el segundo capítulo se trabaja los textos de Freud y Lacan. En un primer momento se recurrirá a los textos de Freud con la finalidad de explicar el desarrollo psicosexual femenino, la escena edípica y la feminidad, temas que son sustanciales en la histeria para abordar la locura, para lo cual es indispensable una revisión de los textos: “*Sobre las teorías sexuales infantiles*” (Freud, 1908/1999), “*Algunas Consecuencias Psíquicas de la Diferencia Anatómica entre los Sexos*” (Freud, 1908/1999), “*Sobre la sexualidad femenina*” (Freud, 1931/1999), “*El sepultamiento del Complejo de Edipo*” (Freud, 1924/2012), entre otros textos.

Tras un abordaje freudiano, se iniciará un breve recorrido por la teorización de Jacques Lacan y las re-lecturas existentes, que permitirán introducir las fórmulas de la sexuación con la finalidad de hacer inteligible el proceso de constitución de la posición femenina, así como también el acceso al goce femenino por lo que se realizará un acercamiento al

Seminario “*Aún*” (Lacan, 1972-73/1998). En consecuencia, en este capítulo se abordará el concepto del goce en la histeria para lo cual se empleará “*El Goce, un concepto Lacaniano*” de Braunstein (2006), el cual permitirá comprender la posición que mantiene la histérica ante su propia castración y la del Otro.

Seguidamente, se iniciará un abordaje a la locura histérica, para el cometido, el texto a trabajar será “*Locuras Histéricas y Psicosis Disociativas*” (Maleval, 1996), el cual brindará lineamientos para edificar dicha concepción, así como también para dilucidar los elementos que se presentan en el delirio. Se entiende así, que en la locura histérica “los elementos constitutivos de la proyección delirante no están forcluidos, sino que son significantes reprimidos que retornan en la realidad” (Maleval, 1996, p. 32). De igual forma, el texto “*La lógica de delirio*” (Maleval, 1998) posibilitará el bosquejo sobre el delirio histérico.

Finalmente, en el capítulo dedicado a la distinción de la noción de delirio en la psicosis y locura histérica, se permitirá edificar el objetivo planteado sobre la diferenciación del delirio en ambas posiciones; se realizarán las argumentaciones pertinentes en cuanto a los aspectos trabajados en capítulos anteriores, pues se elaborará un análisis en base a la investigación proporcionada durante el transcurso de los acápites estructurados y de esta manera se permitirá establecer las diferencias existentes.

CAPÍTULO I

1. ACERCA DE LA PARANOIA

El término de psicosis fue introducido por el psiquiatra austriaco Ernst von Feuchtersleben, como reemplazo del término “locura” para designar a las afecciones extremas de enfermedad mental. Este término buscaba describir y clasificar las <<enfermedades del alma>>. La lógica de la psiquiatría clásica enfatizaba el clasificar síntomas y enfermedades, así como también describir las formas y la evolución de las mismas (Maleval, 1998).

En cuanto al delirio, se conoce que fue un concepto introducido en el siglo XIV, no obstante, adquirió sentido técnico en el siglo XIX. Como principales exponentes de la construcción de esta acepción se encuentran: Griesinger, Jean Pierre Falret, Laséngue, Magnan, Kraepelin, Sérieux y Capgras y Gaetan Gatien de Clérambault (Maleval, 1998).

Con respecto al psicoanálisis, es evidente el interés de Freud por abordar el campo de las psicosis, son varios los trabajos que constatan su inclinación por separarlas del terreno de las neurosis, cuestión que se consolidó al diferenciarlas de las neurosis de transferencia y las neurosis narcisistas (Freud, 1914/2008).

Innegablemente, Freud se aparta de las concepciones sobre las nociones de psicosis y delirio pertenecientes a las ciencias positivas, razón por la cual su trabajo introduce un corte epistemológico con el saber médico ya que subvierte su sentido al articular las psicosis al término de inconsciente y formular que lo que se entiende por una patología comprende realmente un intento de curación (Freud, 1911[1910]/2006).

1.1 ALGUNAS NOCIONES DE PARANOIA: LOS TEXTOS DE FREUD

Como indica Lombardi (2004): “Freud, desde sus comienzos plantea la pertinencia del psicoanálisis para dar cuenta de las psicosis. Es decir, que la psicosis queda incluida en el terreno de pertinencia del psicoanálisis” (p. 20). Freud da cuenta de la lógica y la hipótesis de *el* y *lo* inconsciente, por lo cual teoriza en su trabajo los procesos inconscientes inmersos en las psicosis.

Freud introduce el termino psicosis bajo la forma de <<confusión alucinatoria>> en “*Las neuropsicosis de defensa*” texto en el cual sitúa a la histeria, neurosis obsesiva y confusión alucinatoria como el resultado de una defensa a la que el sujeto acude con la finalidad de evitar una representación inconciliable mediante la separación de ésta y de su afecto (Freud, 1925/2010). Por consiguiente, Freud vincula a las psicosis con el término de represión y al delirio como retorno de lo reprimido (Freud, 1895/2006).

1.1.1 Las Neuropsicosis de Defensa

En el año de 1895, Freud realiza uno de los primeros trabajos dedicados exclusivamente a la paranoia y delirio, titulado bajo el nombre de “*Manuscrito H*”; en este texto expresa que en la paranoia un reproche interno viene posteriormente desde el exterior, es decir, que lo que se rechazó en el interior retorna desde lo externo; el delirio se presenta entonces como propósito defensivo para mantener al yo a salvo de una representación inconciliable de carácter sexual (Freud, 1895/2006).

Dicho proceso defensivo se presenta como un abuso del mecanismo de proyección, cuestión que se diferencia en las neurosis, por esta razón, manifiesta que los paranoicos *aman al delirio como a sí mismos* (Freud, 1895/2006, pág. 251), puesto que el sujeto tiene una necesidad imperiosa de salvaguardar su yo.

Posteriormente, en el “*Manuscrito K*”, Freud (1896/2006) retoma el tema de la proyección y articula al delirio como síntoma del retorno de lo reprimido, en donde los fragmentos de recuerdo que retornan están desfigurados ya que los sustituyen imágenes análogas de lo actual. Dice en referencia a la paranoia:

la represión acontece luego que este recuerdo, no se sabe cómo ha desprendido displacer. Pero no se forma ningún reproche luego reprimido, sino que el displacer que se genera es atribuido al prójimo según el esquema psíquico de la proyección. Desconfianza (susceptibilidad hacia otros) es el síntoma primario formado. Así se deniega la creencia a un eventual reproche (Freud, 1896/2006, pág. 266).

1.1.2 Delirio: Caso Schreber

“Puntualizaciones sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente” es el primer gran texto que Freud dedica al terreno de las psicosis y en donde teoriza los procesos inconscientes que se encuentran inmersos en la paranoia en base al análisis que realiza del testimonio escrito de las memorias del presidente Daniel Paul Schreber.

Freud (1911[1910]/2006) aclara que en la paranoia la libido liberada regresa al yo, “se vuelve a alcanzar el estadio de narcisismo...estadio en el cual el yo propio era el único objeto sexual” (pág. 67), operación que impide el investir objetos exteriores. En este sentido, ubica al delirio como un intento de restablecimiento y reconstrucción del mundo exterior por restitución de la libido a los objetos, aspecto que es posible en la paranoia debido al mecanismo de proyección, que permite que lo abolido adentro retorne desde afuera (Freud, 1911[1910]/2006).

Freud (1911[1910]/2006) desarrolla extensamente el mecanismo de proyección que se encontraba ya expuesto en textos previos sobre la paranoia, explica entonces que en la formación del síntoma de la paranoia, una percepción interna es sofocada –pues es intolerable para el sujeto- y como reemplazo adviene una percepción externa a la conciencia tras experimentar una desfiguración. Entonces, en Schreber y la paranoia una representación intolerable se encuentra asociada a una fantasía de un deseo homosexual y ante ésta, el delirio se constituye como una forma de defensa que posibilita justificar al sujeto el sentimiento de amor por el de odio ante el perseguidor, vía proyección. (Freud, 1911[1910]/2006)

Freud (1911[1910]/2006) explica en este texto las fases de la proyección: la fijación, la represión propiamente dicha y finalmente, el retorno de lo reprimido. La fijación se presenta en el estadio del narcisismo, lo que permite observar la relación alterada con el mundo exterior pues el interés libidinal está colocado en el yo.

Adicionalmente, el análisis del caso permite inteligir que existe un vínculo entre una relación social con el erotismo. Freud (1911[1910]/2006) menciona que “por regla general, el delirio descubre esos vínculos y reconduce el sentimiento social a su raíz, el deseo erótico” (pág. 56). En consecuencia, explica que en la paranoia el sujeto se encuentra protegiéndose de la sexualización, así como también de sus investiduras

pulsionales sociales, aspectos que se pueden contemplar en los planteamientos sobre la homosexualidad, el narcicismo y el autoerotismo.

Otro de los planteamientos trascendentales en el caso, hace alusión al delirio en relación al complejo paterno. Freud (1911[1910]/2006) exterioriza un conflicto infantil con el padre amado. Manifiesta:

En el desenlace de la fantasía de Schreber, la fantasía sexual infantil celebra un triunfo grandioso, la voluptuosidad misma es dictada por el temor de Dios, y Dios mismo (el padre) no deja de exigírsela al enfermo. La más temida amenaza del padre, la castración, ha prestado su material a la fantasía de deseo de la mudanza en mujer combatida primero y aceptada después (Freud, 1911[1910]/2006, pág. 52).

El nexa que posee Schreber con Dios es el nexa con su padre y lo que facilita la fantasía de la emasculación es la amenaza del padre con la castración. Freud esboza en Schreber el fracaso de la castración, de ahí la dificultad de inscribir psíquicamente la representación femenina afectada por la ausencia de pene. Para Schreber esta feminidad es inaceptable y solamente es posible si es absoluta, es decir, ser la mujer de Dios (Nasio, 2011).

1.1.3 Tipos de delirios

Ciertamente, en la paranoia, los factores característicos que se pueden evidenciar se encuentran relacionados con el mecanismo de la formación del síntoma cuyo rasgo principal está encadenado al mecanismo de proyección y el esfuerzo de desalojo que hace referencia a la represión. Sin embargo, es sustancial el esclarecer que la proyección no ejerce el mismo papel en todas las formas de paranoia y por lo tanto en los distintos delirios (Freud, 1911[1910]/2006).

Es en el trabajo de Schreber, donde Freud (1911[1910]/2006) dilucida que las formas principales de la paranoia se figuran como contradicciones a una sola frase gramatical:

<<yo (*un varón*), lo amo (*a un varón*)>>, de esta manera, los diferentes delirios se sujetan a variaciones gramaticales de esta frase. Tenemos entonces:

a. Delirio de persecución:

<<Yo no lo amo – pues yo lo odio – porque él me persigue>>

La percepción interna es sustituida por una de afuera. La frase <<pues yo lo odio>> por proyección se transforma en <<el me odia (me persigue)>>, lo que justifica para odiarlo.

El delirio de persecución contradice al verbo (Freud, 1911[1910]/2006).

b. Delirio erotomaniaco:

<<Yo no *lo* amo – yo *la* amo – porque *ella me ama*>>

La frase <<yo *la* amo >> por proyección se transforma en <<yo noto que ella me ama >>. La frase intermedia puede devenir consciente porque su contradicción a la primera no es diametral, sigue siendo posible amarla además de amarlo, entonces puede suceder que el sustituto de proyección <<ella me ama>> sea relegado de nuevo por la frase <<pues yo *la* amo>>.

El delirio erotomaniaco contradice al objeto (Freud, 1911[1910]/2006).

c. Delirio de celos:

Se lo puede estudiar en formas características en el varón y la mujer.

a. Delirio de celos del alcohólico (hombre)

<<No yo amo al varón – es *ella quien lo ama*>>.

Sospecha de la mujer con los hombres a quienes realmente él está tentado.

En este caso no se presenta la desfiguración de la proyección por el cambio de vía del sujeto, pues consta como una percepción exterior que la mujer ame a los hombres, mientras que la percepción interior consta como el hecho de que no ame, sino por el contrario que odie (Freud, 1911[1910]/2006).

d. Delirio de celos (mujer)

<<No yo amo a las mujeres – sino que *él las ama*>>

Sospecha del hombre con las mujeres a quienes realmente ella está tentada.

El delirio de celos contradice al sujeto. (Freud, 1911[1910]/2006)

e. Delirio de grandeza

<<Yo *no amo en absoluto*, y *no amo a nadie*>>

Esta frase es equivalente a <<yo me amo solo a mí>>, se concibe, así como una sobreestimación sexual del yo propio y se puede poner en equivalencia con la sobrestimación del objeto de amor. Se comprueba un suplemente de delirio de grandeza en las demás formas de paranoia (Freud, 1911[1910]/2006).

Como resultado de estas deducciones gramaticales, Freud expone el sentido del mecanismo del delirio en donde: “lo abolido adentro vuelve desde afuera” (Freud, 1911[1910]/2006).

1.1.4 Acerca de la noción de Narcisismo

El narcisismo consiste en una etapa intermedia entre el autoerotismo y la elección de objeto, Freud (1932/2008) manifiesta que las pulsiones separadas en un momento tienden a componerse en una unidad pues han hallado un objeto, pero este objeto no es uno exterior ajeno al individuo sino el propio yo, a este estadio lo denominó *narcisismo* (primario). Posteriormente se podrá catectizar objetos del exterior. Es decir, los diversos componentes pulsionales de la sexualidad trabajan en la ganancia de placer cada uno para sí y hallan su satisfacción en el cuerpo propio (Freud, 1913/2011).

El texto esencial para introducir este concepto es “*Introducción al Narcisismo*” en donde se incluye a las psicosis bajo la premisa de la teoría de la libido. Es en este trabajo en donde se denomina narcisismo secundario a la acción en la que la libido luego de catectizar objetos se sustrae de lo externo y se dirige al yo (Freud, 1914/2008).

Tras la mencionada elaboración, Freud (1914/2008) se permite denominar como *parafrenias* a ciertas afecciones en las cuales la libido convertida en narcisista no logra hallar el camino de regreso a los objetos y queda replegado al yo, así el sujeto resigna el interés respecto al mundo, suprime el vínculo con personas y cosas sin sustituirlas por otro mecanismo -como la neurosis lo hace con la fantasía- y cuando esto sucede se exterioriza un intento de curación que pretende reconducir la libido al objeto, se presentan entonces el delirio o la alucinación (Freud, 1914/2008).

Freud (1911[1910]/2006) especifica entonces que en la paranoia la libido liberada se vuelca al yo, de esta manera vuelve a alcanzar el estadio del narcisismo. “Los paranoicos conllevan una fijación en el narcisismo y declaramos que el retroceso desde la homosexualidad sublimada hasta el narcisismo indica el monto de la regresión característica de la paranoia” (Freud, 1911[1910]/2006, pág. 67).

1.1.5 Psicosis y Neurosis

El interés de Freud por exponer puntos que permitan inteligir diferencias entre las neurosis y las psicosis es incuestionable. Así, Freud da cuenta que la etiología de la psicosis se encuentra asociada a la perturbación entre los vínculos del yo y el mundo exterior, mientras que la neurosis estaría relacionada con el resultado de un conflicto entre el yo y el ello, bajo la potestad del superyó, cuestión que se ve reflejada en los influjos que la cultura demanda del sujeto (Freud, 1924/2008).

Adicionalmente, menciona que efectivamente en las psicosis se presenta una pérdida de interés en cuanto al mundo externo y que las formaciones como el delirio vendrían a presentarse “como un parche colocado en el lugar donde originalmente se produjo una desgarradura en el vínculo del yo con el mundo exterior” (Freud, 1924/2008, pág. 157). De esta manera, las manifestaciones patológicas como el delirio son expresiones relacionadas con un intento de curación y de reconstrucción con la realidad (Freud, 1914/2008).

Ahora bien, en cuanto a la pérdida de realidad, Freud (1924/2008), describe a las psicosis como el resultado de la imposición del ello sobre el yo, esto es lo que justamente provocaría una fragmentación con la realidad, en oposición con la neurosis en donde el sujeto prefiere retirar su interés del mundo exterior a manera de huida mediante la fantasía. El punto que distingue en mayor medida a estas estructuras, es entonces el carácter de reparación a la que las psicosis se adhieren para compensar la pérdida de la realidad, pero bajo la creación de una nueva realidad, aspecto que no se presentan en las neurosis, pues si bien el nexo con la realidad puede llegar a flaquear es resultado de una represión pulsional a manera de huida de la realidad (Freud, 1924/2008).

1.2 BREVE PASAJE POR LA PARANOIA: LACAN

Al igual que la mayoría de posfreudianos, Lacan se inicia en la extensión de la práctica psicoanalítica al campo de las psicosis, sin embargo, Lacan lleva adelante la continuidad de las vías propuestas por Freud, o como dice él mismo, siguiendo el surco abierto por Freud (Mazzuca, 2001). Por consiguiente, Lacan (1955-56/1998) rescata y pone en primer plano el trabajo de su maestro Clérambault sobre el automatismo mental unificándolo a los planteamientos de Freud y utilizando planteamientos vinculados a la subversión de la lingüística estructural para dar origen a su teorización.

La lectura de la obra freudiana realizada por Lacan permite fundar el planteamiento de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, lo que encamina a Lacan a considerar las psicosis a partir de la estructura del Otro, es decir como un efecto del lenguaje en donde las leyes que rigen a éste se encuentran omitidas; se establece entonces un rechazo al orden de lo simbólico (Lacan, 1955-56/1998).

Lacan propone a las psicosis como efecto del mecanismo de forclusión que rechaza la inscripción del Nombre-del-Padre, el significante de la metáfora paterna, impidiendo así la tachadura del deseo materno. Como consecuencia, el sujeto desprovisto de este significante, tiene que hacer frente al encuentro con el goce del Otro debido a que éste no se encuentra regulado por el goce fálico. El goce inscrito en el Otro retorna sin represión, de ahí que lo que ha sido forcluido en lo simbólico retorne en lo real a manera de voces en la paranoia.

1.2.1 Sobre el estadio del espejo

Uno de los momentos cruciales de la constitución y el advenimiento del sujeto se articula con *El estadio del espejo*, el cual comprende: “la constitución del yo unificado en la dependencia de una identificación alienante con la imagen especular y hace de él la sede del desconocimiento...es la transformación producida en un sujeto cuando asume una imagen” (Chemama & Vandermersch, 2010, pág. 210). Es decir, que dicha constitución, que se presenta entre los 6 y 18 meses, sostiene una identificación imaginaria que es posible por la mirada de reconocimiento del Otro, la cual actúa como imagen especular y

forma ideal en el momento en el que el infans se reconoce; la noción de desconocimiento se encuentra entonces ligada a esa condición de alienación primordial con la imagen especular (Lacan, 2009).

Esta fase de constitución se caracteriza por una discordancia primordial del sistema piramidal que se evidencia principalmente en la incoordinación motriz de los meses neonatales, de esta manera, el cachorro humano no halla los bordes de lo que es, ni de lo que su cuerpo puede controlar, por lo tanto, no reconoce a los objetos separados de su cuerpo, vive en este tiempo a su cuerpo como despedazado o fragmentado (Lacan, 2009). Posteriormente, la imagen especular proporcionará al infans la forma intuitiva de su cuerpo, el niño anticipa la forma total de su cuerpo, forma que se presenta como gestalt. (Chemama & Vandermersch, 2010).

Lacan (1953-54/1981) manifiesta entonces:

La sola visión de la forma total del cuerpo humano brinda al sujeto un dominio imaginario de su cuerpo, prematuro respecto al dominio real... el sujeto anticipa el dominio psicológico y esta anticipación dará su estilo al ejercicio ulterior del dominio motor efectivo". (pág. 128). El hecho de que la imagen sea asumida jubilosamente por el infans inaugura la matriz simbólica en la que el Yo se precipita de forma primordial antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su forma de sujeto. Esta forma es el Yo-Ideal, que será el tronco de identificaciones futuras (Lacan, 2009).

La función del estadio del espejo se mantiene estrechamente relacionada con el dar cabida a la identificación con el Otro a la dialéctica que liga al yo (je) con situaciones socialmente elaboradas. El Otro primordial juega un papel fundamental puesto que la conquista de la imagen tiene lugar solamente en el momento en que la madre confirma que la imagen acabada y unificada que el infans observa en el espejo es la suya, solo así capturará su imagen narcisísticamente. De ahí que, el yo se constituye en torno a un centro que es el otro en tanto le brinda su unidad (Lacan, 2009).

Como indica Chemama, (2010) el niño no se ve con sus propios ojos, sino con los ojos de la persona que lo ama o detesta. Para que el niño pueda apropiarse de su imagen se requiere que tenga un lugar en el gran Otro, en la mirada del Otro, en el deseo del Otro. Así, “el yo se constituye, en un primer lugar, en una experiencia de lenguaje, en referencia al *tú* y que lo hace en una relación donde el otro le manifiesta... ¿Qué?; órdenes y deseos de su padre, de su madre” (Lacan, 1953-54/1981, pág. 248).

Entonces, se puede establecer que las psicosis presentan una falla en la estructuración especular, pues no se lograría una correcta asunción de la imagen. La imagen de la que el infans se adueña, no es una imagen unificada ni completa pues el Otro primordial no lo ve así a través de su propio deseo, queda así vinculado con una imagen fragmentada, incompleta a nivel del imaginario, imagen enlazada al deseo materno. Producto de dicha constitución de la imagen del yo, lo real que el imaginario tiene que cubrir tiende a irrumpir: la imagen del yo no puede encubrir el goce, apareciendo una tensión que al no poder ser tramitada por el orden de lo simbólico genera la imposibilidad de tramitar con el goce del Otro (Maleval, 2002).

1.2.2 La forclusión del significante del Nombre-del-Padre

La relectura de Lacan sobre el complejo de Edipo freudiano posibilita establecer que la experiencia del Edipo es un hecho propiamente del lenguaje y que por lo tanto, comprende una estructura que a la vez es estructurante de la subjetividad en tanto el sujeto es penetrado por las redes de lo simbólico tras la renuncia del objeto de deseo primordial (Braunstein, 2006).

Por lo cual, el Edipo consiste en una pérdida instaurada por el sometimiento a la Ley del lenguaje, ley necesaria para el devenir del sujeto del inconsciente en tanto ésta le permite desear y abdicar al goce del Otro, confiriéndole la posibilidad de pertenecer a la cultura, al vínculo social, a los hechos de discurso (Braunstein, 2006).

Resulta fundamental, el mencionar que el Edipo le concede al sujeto el poder posicionarse como sujeto sexuado, pues el ser hombre o mujer devienen por el asentamiento de la Ley de simbolización. En consecuencia, “en lo real no existen ni el hombre o la mujer, es

desde lo simbólico que hombre y/o mujer aparecen como significantes, significantes cogidos, atrapados por el lenguaje, por lo simbólico en donde lo real del cuerpo es organizado a través de lo simbólico” (Orvañanos, 1983, pág. 173). Entonces, como efecto de la simbolización de la metáfora paterna el sujeto se sitúa como hombre o mujer exclusivamente en relación al falo.

Lacan (1957-58/1999) manifiesta que “...hablar de Edipo es introducir como esencial la función del padre” (pág. 170); la función del padre no es otra que una metáfora, pues es un significante que sustituye a otro significante, a saber, el deseo de la madre, este es “el mecanismo esencial, el único mecanismo de la intervención del padre en el complejo de Edipo” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 179). El Padre, constituye una función simbólica, pues está vinculado a la Ley y al ser el encargado de representar la interdicción del incesto, es entonces agente de la castración simbólica (Lacan, 1957-58/1999).

Conviene subrayar como menciona Orvañanos (1983) que la castración simbólica en tanto encadenada con el devenir de la falta “aparece como la piedra basal que marca el origen del sujeto; para cada sujeto esta falta se organizará de manera diferente dependiendo del lugar que venga a ocupar el sujeto en la falta del Otro, Otro (\bar{A}) como deseante” (pág. 175). Se infiere entonces que de cómo se posicione el sujeto frente a la castración del \bar{A} y la suya, se podrá hablar de diferentes posiciones clínicas como hechos de lenguaje.

Para introducir la estructura del Edipo, Lacan propone tres tiempos lógicos en los que se vectoriza la dinámica del deseo; recurre también a la elaboración de la concepción sobre la metáfora paterna, en la que el significante del Nombre-del-Padre reemplaza al significante del Deseo de la Madre e instala la significación fálica, de esta manera, el sujeto a devenir será emancipado del deseo de la madre (Lacan, 1957-58/1999).

Tras dicha sustitución, desemboca la operación en un significado que no es otro más que el falo (Lacan, 1957-58/1999). Por lo tanto, es a merced de la función del padre como el objeto a cae para que se instaure como causa de deseo en tanto ha sido perdido y se pueda hablar así de un sujeto tachado ($\$$) y del Otro barrado (\bar{A}).

En el desenlace del Edipo, Lacan (1957-58/1999) menciona que el padre interviene en tres planos, estos son: castración, frustración y privación. A continuación, se explica detalladamente la formalización de los tres tiempos lógicos propuestos por Lacan:

Primer tiempo

Es reconocido que las primeras relaciones del infans con su medio, se abrevian en la relación fundamental del niño con la madre; este primer tiempo hace referencia exclusivamente a la relación del niño con la madre en tanto que el niño depende únicamente del *deseo de la madre*, para lo cual resulta necesario dar cuenta que “no se trata simplemente de la necesidad de los cuidados, del contacto, ni siquiera de la presencia de la madre, sino de la apetencia de su deseo” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 188), es decir, el deseo del niño constituye deseo de ser deseo de la madre.

¿Qué es lo que desea la madre? Lacan aclara que el objeto que desea la madre, es el falo. Se establece de esta manera una identificación con el falo por parte del niño, ya que este es el objeto deseado por la madre. Para que el niño de cuenta de lo mencionado, es necesario que el deseo de la madre se sostenga como simbolizado en el for-da, es decir en la oscilación de ausencia y presencia (Lacan, 1957-58/1999). De esta manera:

el niño descubre que no colma el deseo materno y que la madre desea en él otra cosa que él mismo. El niño representa para la madre la hiancia incolmable abierta por el falo, espectro que de eso su madre desea en él, introducido en una discordancia imaginaria, puesto que es niño y falo (Orvañanos, 1983, pág. 179).

Como resultado, el niño “es súbdito porque se experimenta y se siente de entrada profundamente sometido al capricho de aquello de lo que depende” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 195). En definitiva, en este tiempo, la madre tiene el falo pues el hijo se identifica en espejo con este, el niño gira bajo la lógica de “ser” el falo (-φ); dicha identificación es netamente imaginaria, pues el niño es solamente su soporte, es transcrito en esta extensión (Orvañanos, 1983).

Es por esto que la madre al ubicar al niño como falo y el niño al ubicarse como tal, se supone completa y por lo tanto colmada. En consecuencia, en este tiempo, el niño se escribe para la madre como sustituto de su carencia fundamental: como falo (-φ), en definitiva, “la madre reconoce al hijo como objeto de su deseo y como aquello que transitoria, imaginaria, e insuficientemente, viene a llenar su carencia” (Orvañanos, 1983, pág. 194).

Por esta razón, Lacan menciona que “el falo interviene entonces como falta... como objeto del *Penisneid*, de aquella privación siempre sentida cuya incidencia conocemos en la psicología femenina” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 212). Sin duda, la madre busca el falo, busca el objeto con el cual pretende completarse, busca el objeto que en el desenlace de su Edipo fue negado para posteriormente admitir la promesa de un sustituto de falo, es decir un hijo.

En este tiempo, la metáfora paterna aún no se hace presente, se encuentra velada, sin embargo, esto no evita que el padre exista en la Ley del símbolo (Lacan, 1957-58/1999).

Segundo tiempo

En el segundo tiempo, “el padre se afirma en su presencia privadora, en tanto es quien soporta la ley, y esto ya no se produce de una forma velada sino de una forma mediada por la madre, que es quien lo establece como quien le dicta la ley” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 193), de manera que la eficiencia de este tiempo depende necesariamente de que la madre proporcione un lugar al padre y por tanto dé cuenta que éste se encuentra introducido en el discurso de la misma.

El Padre interviene como metáfora para hacer barrera entre la dinámica madre-hijo, ya que priva a la madre del objeto fálico, así como al niño del objeto de su deseo, es así como el niño cede de la mencionada identificación con el falo; es el padre quien permite dar cuenta al niño de que no constituye el falo, de que no es aquello que completa a la madre. En consecuencia, el niño descifra que “la madre es dependiente de un objeto que ya no es simplemente el objeto de su deseo, sino un objeto que el Otro tiene” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 198). Quien es realmente portador del falo, es el padre, es él quien posee la clave sobre el deseo de la madre.

Se infiere por tanto que este es el tiempo en el que la metáfora paterna se instala, puesto que el significante del Nombre-del-Padre, traza un obstáculo al reemplazar en su lugar al significante del deseo materno, así se “permite al niño salir de su acoplamiento con la omnipotencia materna de la relación narcisista y mortífera con la madre” (Orvañanos, 1983, pág. 197). Esta es la Ley de padre, Ley a la que se encuentra sometida la madre, Ley a la que el niño debe reconocer para la constitución del deseo (Lacan, 1957-58/1999).

Lacan (1957-58/1999) manifiesta acerca de la remisión de la madre a la Ley que “es una ley que no es la suya sino la de Otro, junto con el hecho de que el objeto de su deseo es

soberanamente poseído en la realidad por aquello mismo Otro a cuya ley ella remite, da la clave de Edipo” (pág. 200). Es el Otro el garante de la Ley.

Tercer tiempo

El tercer tiempo, el último tiempo lógico detallado por Lacan, destaca el declive del Edipo, en tanto el padre se revela como poseedor del objeto de deseo de la madre, es decir, interviene “como el que tiene el falo y no como el que lo es y por eso puede producirse el giro que reinstaura la instancia del falo como objeto deseado por la madre, y no ya solamente como objeto del que el padre puede privar” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 199). Entonces, el padre es el portador del falo, en cuanto posee lo que la madre desea.

A causa de haber ocupado un lugar en el deseo de la madre, el padre puede ejercer la castración simbólica, este es el padre simbólico, el padre de la Ley, Ley del lenguaje y, por lo tanto, convertirse en ideal de identificación en el varón y ser para la niña el poseedor de lo que ella no posee. En consecuencia, el niño abandona completamente la posición de falo (Lacan, 1957-58/1999).

Simultáneamente, el falo pasa de ser un objeto imaginario a ser un objeto simbólico que circula, el falo se transmite en el orden de lo simbólico, de esta manera, el Nombre-del-Padre, ejerce la función de reemplazar metafóricamente al deseo de la madre con respecto al falo. Es decir, el falo posee un valor idéntico al establecer la metáfora que se ha mencionado ya (Orvañanos, 1983).

Por consiguiente, en este tiempo “el falo ϕ es constituyente de la castración, soporte de la falta, al mismo tiempo que la engendra ...el ϕ crea y designa a la falta, la eterna hiancia, causa del deseo que marca al sujeto con la castración, única posibilidad que el sujeto exista” (Orvañanos, 1983, pág. 183). El falo ϕ , en definitiva, es el que vectoriza la dinámica del deseo en el sujeto, pues es soporte de la ley en tanto designa la falta en el Otro (\bar{A}) y la suya propia. El falo por lo tanto es el significante de una carencia y representa así al lugar de la falta (Orvañanos, 1983).

En consecuencia, en este tiempo al engendrar la tachadura del significante del Deseo de la Materno, se erige un cerco, separando así al niño de la omnipotencia de ésta, tras salvarlo de quedar a merced de la identificación con el objeto deseado la misma; se

produce al mismo tiempo la represión primaria del deseo incestuoso, lo que dará paso a fundar y constituir el inconsciente por medio de la metáfora (Lacan, 1957-58/1999).

En síntesis, el complejo de Edipo de Lacan, consiste en una estructura en la que el padre y la madre intervienen netamente como significantes. Como aspecto primordial, el significante del Nombre-del-Padre se inscribe en la dinámica edípica con la finalidad de que madre e hijo queden interdictos. Como resultado, el sujeto posee una barrera contra el goce del Otro, deja de ser objeto de completud de la madre y se funda la significación fálica, significación que instaure límites. Es entonces por la Ley de prohibición del incesto, en tanto Ley del lenguaje como el sujeto emerge, en lo simbólico, en lo real y en lo imaginario (Braunstein, 2001).

Es indispensable el mencionar finalmente que la función paterna pauta el comienzo de la cadena significante, puesto que como efecto de la implantación de la metáfora paterna, el sujeto puede posteriormente formar parte del vínculo social, de los hechos de discurso y por tanto reconocer que es imposible prescindir del Otro (Lacan, 1957-58/1999). De ahí que, Lacan mencione que “el padre es, en el Otro, el significante que representa la existencia del lugar de la cadena significante como ley” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 202).

Ahora bien, en la obra de Freud es posible intuir un esfuerzo por aislar la especificidad de un mecanismo psicótico, con este fin fueron empleados los conceptos de *Verleugnung* y con menos aparición el de *Verwerfung*, sin embargo, fue el propio Freud quien reconoció haber fracasado en este cometido (Maleval, 2002).

El término de la *Verwerfung* es utilizado por Freud desde sus elaboraciones en consonancia con las neuropsicosis de defensa y describe una forma de defensa más eficaz y energética que la que opera en las fobias y obsesiones, en donde el yo rechaza la representación insoportable, así como el afecto, comportándose como si la representación nunca hubiera llegado al yo (Freud, 1896/2010).

Posteriormente, Lacan elabora una tesis sólida del abordaje freudiano en cuanto a las psicosis y plantea así el mecanismo de la forclusión como devenir lógico de su relectura sobre los planteamientos freudianos de la *Verwerfung*. Es en el seminario III, “*Las estructuras freudianas de las psicosis*”, donde Lacan (1955-56/1998) incluye este término para explicar que lo forcluido es lo que escapa a la simbolización, es decir al lenguaje y que aquello que no fue inscrito o simbolizado retorna en lo real.

Como se ha establecido previamente, para que un sujeto tenga acceso a lo simbólico es necesaria la instauración de la metáfora paterna a través de la represión originaria. “La metáfora paterna concierne a la función del padre...y la función del padre tiene su lugar en un lugar bastante amplio, en la historia del análisis, se encuentra en el corazón de la cuestión del Edipo” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 165). De esta manera, el padre interviene en varios planos en cuanto a la frustración, privación y castración con la finalidad de que el padre simbólico tenga cabida en tanto metáfora (Lacan, 1957-58/1999).

La introducción de la metáfora paterna, permitirá la inscripción del niño en la ley, en el orden de lo simbólico y por tanto en la ley del deseo. Como explica Lacan en *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, el significante del Nombre-del-Padre suple el lugar previamente simbolizado por la operación de la ausencia de la madre (Lacan, 1958/2003).

De ahí que la metáfora paterna “alza un obstáculo frente al goce incluido en la relación madre-niño, traza una tachadura sobre el deseo de la madre y opone se opone a la instauración de una completud imaginaria en la que ambos podrían quedar reunidos” (Maleval, 2002, pág. 84), en este sentido, el sujeto no se encontrará dominado por la supremacía del deseo materno, ya que no se verá sometido a las significaciones inducidas por la misma.

Ahora bien, en las psicosis la metáfora paterna se encuentra abolida, pues el significante del Nombre-del-Padre no sustituye al significante primordial, es a este fenómeno que Lacan denominó como forclusión, es decir, a la no inscripción del significante del Nombre-del-Padre en la trama del sujeto (Lacan, 1955-56/1998). Dor (1992) expresa que “la forclusión del Nombre-del-Padre designa la circunstancia en la cual el significante del Nombre-del-Padre, llamado a intervenir en la metáfora del Nombre-del-Padre, no se lleva a cabo: no responde al llamado” (pág. 469).

De modo que, el acceso a lo simbólico se encuentra comprometido, la ley del lenguaje necesaria para la constitución del sujeto no es incorporada y así responde “en el Otro un puro y simple agujero, el cual por carencia del efecto metafórico provocará un agujero correspondiente en el lugar de la significación fálica” (Lacan, 1958/2003, pág. 540), significación que posee una función de normativización del lenguaje, pues permite que el sujeto pueda inscribirse en hechos de discurso que constituyen un vínculo social. De esta manera, lo rechazado en el orden simbólico, es decir la metáfora paterna, reaparece en lo

real -como voces o imágenes martirizadoras-, pero el sujeto no tiene simbolizado aquello que vuelve y por tanto no puede asignarle significación. (Lacan, 1955-56/1998).

En la paranoia, el padre no tiene existencia simbólica para el sujeto, no se introduce la ley de prohibición del incesto para que devenga un sujeto en falta, un sujeto deseante. (Lacan, 1955-56/1998). El sujeto se ubica en el lugar de falo de la madre, a saber, como único objeto de deseo de la madre. Por consiguiente, queda devorado por el deseo materno, asume el deseo de su madre y queda atrapado en él. Se trata entonces de una ausencia en el Edipo, del fracaso de la metáfora paterna y por tanto de la castración (Lacan, 1957-58/1999).

Debido a la carencia de la inscripción de la metáfora paterna, el psicótico queda sujeto al objeto de deseo de la madre, no existe la caída del objeto α , pues no funda ni la tachadura del Otro (A), ni del sujeto ($\$$). En consecuencia, en la paranoia, “allí donde el objeto α es aquello de lo cual el sujeto trata de separarse como órgano, se une a ello” (Czermak, 1987, pág. 124).

El sujeto no posee ningún lugar desde el cual pueda articular significantes, pues el psicótico se encuentra entregado como objeto, como desecho, ya que se identifica con el mismo objeto α . Entonces, en el delirio “el objeto α retorna obturando la oquedad de la causa de deseo. A partir de entonces llega a faltar en el Otro ese punto de desvanecimiento que permite al sujeto tomarse como enunciador de su propio discurso” (Maleval, 1998, pág. 71).

Es importante el mencionar que la omisión de la metáfora paterna no conduce subidamente al desencadenamiento del delirio, sino que serán precisas condiciones que se relacionan con el llamado al Nombre-del-Padre lo que provocará el florecimiento de un delirio, lo que responde a este llamado es un agujero pues no puede responder lo que nunca ha estado (Ramírez, 2008).

1.2.3 Delirio y Paranoia

Indudablemente, Lacan explica a las psicosis bajo ciertas premisas como las del automatismo mental expuestas por su maestro y psiquiatra, Gaetan Gatien de Clérambault, pero a la vez aislándolas finamente de su teorización. De ahí que exponga

que el sistema delirante varía y que sobre todo en cierto período posee significación que el sujeto desconoce, pero se impone en un primer plano ante él y es perfectamente comprensible para él mismo (Lacan, 1955-56/1998).

Ahora bien, el delirio está cerrado a toda composición dialéctica pues es un elemento repetitivo que procede por reiteraciones, de manera que el sujeto paranoico “quedará al menos por un tiempo, repitiéndose siempre con el mismo signo interrogativo implícito, sin que nunca le sea dada respuesta alguna” (Lacan, 1955-56/1998, pág. 37).

En el lenguaje del paranoico “ciertas palabras cobran un énfasis especial, una densidad que se manifiesta a veces en la forma misma del significante, dándole ese carácter francamente neológico tan impactante” (Lacan, 1955-56/1998, pág. 51). Los neologismos, que caen bajo el estatuto de signo se encuentran en el campo de las psicosis, debido a la forclusión que trae consigo la ruptura de la cadena significante por lo que se presentan pedazos de lenguaje en lo real (Maleval, 2002).

Maleval afirma que el neologismo “constituye una palabra que fija el pensamiento del delirante, a partir de entonces, ya no tiene nada por explicar, nada que buscar, la palabra lo dice todo” (Maleval, 1998, pág. 76). Sin embargo, constituyen una tentativa de curación que apunta a ordenar la pululación de goce (Maleval, 1998). Lacan (1955-56/1998) manifiesta que para realizar un diagnóstico de psicosis es necesaria la presencia de un trastorno de lenguaje, como lo posee el carácter del neologismo.

Adicionalmente, el delirio permite contemplar que el sujeto psicótico vive una certeza que da cuenta que su realidad no está asegurada; en él no está en juego la realidad sino por el contrario la certeza, la cual es radical e inquebrantable excluyendo de esta forma toda referencia a lo simbólico (Lacan, 1955-56/1998). Por lo tanto “a medida que el delirante asciende la escala de los delirios, está cada vez más seguro de cosas planteadas más irreales” (Lacan, 1955-56/1998, pág. 112).

Como explica Lacan (1955-56/1998), el delirio reaparece en lo real, pues lo simbólico se encuentra abolido, lo que implica que en un momento hubo ruptura, agujero, desgarramiento con la realidad exterior y el intento de reconstrucción de éste es justamente el delirio. Lo real se presenta como reaparición de lo no simbolizado, es decir, del Nombre-del-Padre y por lo tanto de la castración. Entonces, “lo que aparece, aparece bajo el registro de la significación, y de una significación que no viene de ninguna parte, que no

remite a nada, pero que es una significación esencial que afecta al sujeto” (Lacan, 1955-56/1998, pág. 126).

En la paranoia es posible reconocer “una reducción del Otro, del Otro con mayúscula, del Otro como sede de la palabra, al otro imaginario. Es una suplencia de lo simbólico mediante lo imaginario” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 14). Se presenta una proliferación del registro imaginario -es decir del registro relacionado con la constitución del yo, con la identificación, con el narcisismo- debido a la imposibilidad de realizar una mediación simbólica (Lacan, 1957-58/1999).

Dor (1992) explica: “en la paranoia el delirante es invadido por lo imaginario en la misma medida en que se encuentra <<cortado>> de lo simbólico” (pág. 465). En consecuencia, el pacto del sujeto con el otro es inexistente. “Que el otro es estructuralmente desdoblable, desplegable, está claramente manifestado en el delirio” (Lacan, 1955-56/1998, pág. 142), puesto que:

...para que pueda haber una relación con el otro, es necesario que haya existido un descarte producido entre los sujetos y entonces que algo entre estos partenaires caiga para que en la dirección que hago al otro haya una colocación de tensión de algo que me haría falta...ese algo que ha caído es precisamente el objeto α (Czermak, 1987, pág. 20).

Así, la palabra se desarrolla en un registro especular, por eso la presencia de proyecciones y construcciones características del sistema delirante. De ahí que se entienda que el delirio se encuentra en el discurso, pero no en la palabra, en el acto de la palabra, pues esta supone una afectación entre alguien que habla y el que escucha, cuestión que se encuentra obstruida debido a la imposibilidad de metaforizar (Braunstein, 2006).

De ahí que Braunstein (2006) manifieste que en las psicosis “la palabra no funciona como diafragma regulador, el sujeto ha sido inundado y desplazado por este goce rebelde a los intercambios, tan invasor que no deja lugar para una palabra Otra que pudiera refrenarlo y limitarlo” (pág. 267).

En el seminario de “*El sinthome*”, Lacan (1975-76/2005) plantea para la explicación de la paranoia, el nudo de trébol, el cual homogeneiza el nudo borromeo, es decir que se coloca allí la continuidad de lo real, simbólico e imaginario. Dice en referencia: “en la

medida en que un sujeto anuda de a tres lo imaginario, lo simbólico y lo real, solo se sostiene su continuidad. Lo imaginario, lo simbólico y lo real son una sola y misma consistencia y en eso consiste la psicosis paranoica” (pág. 52).

2



*Las tres consistencias en
continuidad: nudo de la
paranoia.*

Czermak (1987) esclarece que en la paranoia se presenta “esta continuidad de I y S, con R, debido a la equivalencia del S con α ” (pág. 273), puesto que el sujeto y el Otro no están barrados, por lo tanto no ha caído el objeto α , y éste se encuentra imposibilitado de convertirse en causa de deseo, no se presenta un movimiento metafórico, solamente se percibe un continuo desplazamiento. En consecuencia, la construcción del delirio, surge como una tentativa de remediar la desvinculación del objeto α , y como un esfuerzo para obligar al goce desbordante a permanecer dentro de las redes del lenguaje. (Maleval, 2002)

En la paranoia se puede presentar un mecanismo que actúe a manera de estabilización del delirio, como función pacificadora de lo real, como “un modo de hacer con lo real”, a este mecanismo Lacan (1958/2003) lo denominó, *metáfora delirante*, que consiste en construir un reemplazo del Nombre-del-Padre, el cual puede de alguna manera mitigar los efectos de la forclusión del significante del Nombre-del-Padre. Dicha suplencia no implica que pueda despojar al sujeto de la forclusión, simplemente permitirá atenuar los efectos de la misma. (Ramírez, 2008)

Aguirre (2016), manifiesta que “la metáfora delirante es un trabajo de elaboración como lo atestiguan los escritos del presidente Schreber; es un testimonio del rigor puesto en ella para poder responder al llamado de lo simbólico como puede, con un padre-sin-nombre,

² (Lacan, Seminario XXIII: El sinthome, 1975-76/2005)

del que nace una multitud de seres y significantes suficientes para organizar la lengua propia” (pág. 21).

1.2.4 El goce en la paranoia

Maleval (2002) haciendo referencia a las psicosis, expresa:

La operación del Nombre-del-Padre recorta un agujero en el campo del Otro y porta al mismo tiempo el elemento adecuado para valer esa hiancia. Anudando al sujeto con el lenguaje, lo separará de una confrontación no mediatizada del deseo del Otro (Maleval, 2002, pág. 101).

Se entiende de esta manera que la función paterna es la que limita al goce, da lugar a la falta y por lo tanto al goce fálico. El goce deviene a partir de la intervención de la Ley del Nombre-del-Padre y en consecuencia es efecto de la castración simbólica, entonces “la intervención del padre...orienta al sujeto al goce fálico, cuyo vehículo es el lenguaje” (Maleval, 2002, pág. 116).

Por lo tanto, el goce fálico separa al sujeto del objeto de goce primordial, produce la caída del objeto α , es decir a una nueva búsqueda del objeto, pues la caída del objeto permite el asentamiento del objeto como perdido, y por ende resultará *causa de deseo*. Sintetizando, el goce fálico se convierte en un posible, debido a la introducción del sujeto en el orden de la ley del lenguaje, como sujeto de la palabra (Maleval, 2002).

No obstante, la imposibilidad de la inscripción del Nombre-del-Padre tiene como consecuencia la no operación de la metáfora paterna, por lo tanto, la no constitución y estabilización de la significación fálica, cuestión que se traduce como la posición fuera del Edipo (Mazzuca, 2001). Dicho rechazo, perteneciente a las psicosis, enfrenta al sujeto a un desencadenamiento del goce al no estar sometido al límite fálico y a la ley que ordena el deseo, por lo que se presenta un goce como “algo loco, enigmático, centrado en el cuerpo del sujeto” (Maleval, 2002, pág. 213), es a este goce como se lo denomina: goce del Otro.

El goce del Otro, propio de las psicosis, “es un goce no regulado por el significante y por la castración, fuera del lenguaje en tanto que sumisión a las leyes del intercambio” (Braunstein, 2006, pág. 99). Por esta razón, este goce queda fuera del orden de lo simbólico; indudablemente la integración de este campo se encuentra comprometido, por esta razón el sujeto no logra poner un cerco de lo real como imposible.

El goce del Otro, no detenta ningún tipo de límite, ni localización, “es un escenario donde se derrama sin límites la palabra del Otro” (Braunstein, 2006, pág. 99), Otro sin tacha, supremo, absoluto, que inscribe al sujeto como objeto, de modo que el sujeto psicótico queda identificado como un objeto de goce, sometido a la arbitrariedad del deseo de la madre. En consecuencia, resulta claro que “la carencia paterna, entrega al sujeto al goce de Otro sin freno” (Maleval, 2002, pág. 122).

Dada la ausencia del Nombre-del-Padre, es posible que el sujeto se identifique con el objeto α , de ahí que Lacan explique que el psicótico “lleva el objeto α en el bolsillo” pues no hay caída de este. De modo que “el puro sujeto de la psicosis es también un puro objeto” (Czermak, 2002, pág. 20).

La mencionada identificación, supone que el sujeto no pueda articular su deseo y por ende deba sacrificarlo. En este sentido, en las psicosis lo que dicta es el goce del Otro, Otro que lo posee absolutamente, por esta razón, frecuentemente en el delirio emerge ese Otro que pretende gozar del cuerpo del sujeto, como lo evidencia Schreber, quien experimenta una presencia invasora y consistente con el Dr. Flechsig y Dios (Maleval, 2002).

Landman (2013) expresa que el psicótico tiene que vérselas con un gran Otro que le habla y con el cual mantiene una relación conflictiva. De modo que “es característico de la posición del sujeto psicótico ser atormentado por un goce sin ley ni marco” (Maleval, 1998, pág. 71).

El goce del Otro, es experimentado por algunos hombres por lo que pueden presenciar su ímpetu, este es el caso de los psicóticos. Por esta razón, se ha comprobado que habitualmente el delirio empuja al sujeto a convertirse en una encarnación de La mujer, es decir a la encarnación de un goce infinito, “la feminización se encuentra en condiciones de encarnar la excepción de voluptuosidad sin límites” (Maleval, 1998, pág. 86). Así, en la paranoia, el goce-todo es alcanzable.

En efecto, la forclusión queda estrechamente ligada a un desencadenamiento del goce y de manera más concreta con un empuje a La mujer. Es sustancial el recalcar que el empuje

a la mujer “no se reduce a la emergencia de una figura de goce desatado: a menudo contribuye, en el mismo movimiento a una cierta contención del mismo...La mujer del delirante sirve de protección frente el Otro” (Maleval, 2002, pág. 301). Es por esta razón que Lacan menciona con respecto a su lectura del caso Schreber que “a falta de ser el falo que falta a la madre, a Schreber le queda la solución de ser la mujer que falta a los hombres” (Lacan, 1958/2003) y en consecuencia ocupará el lugar de La Mujer sin barrar. Maleval (2002), manifiesta que también “el Padre de la Horda, el al-menos-Uno, como La mujer, constituyen figuras adecuadas para representar a seres cuyo goce, como el del psicótico, no está sometido a la interdicción fálica” (pág. 308). Estas son figuras que se encuentran solamente en lo real, que no están sujetas al goce fálico debido a la ausencia de la castración, de ahí que el cuerpo del psicótico sea un instrumento entregado a merced del goce del Otro.

CAPÍTULO II

2. CONSIDERACIONES SOBRE LA HISTERIA

La histeria es una acepción que data desde hace milenios; en Egipto, lugar en donde no existía aún la medicina científica es posible hallar diferentes papiros médicos que relatan casos de mujeres con varias manifestaciones somáticas. En otro momento de la historia, Hipócrates, en búsqueda de un mecanismo causal sobre las acciones del cuerpo sin razón aparente en las mujeres, establece que las diferentes alteraciones se originan debido a que el útero de la mujer se seca y se desplaza en el cuerpo, deteniéndose en un momento en algún órgano, causando así una perturbación física. Posteriormente, en la edad media, se atribuye un origen demoniaco y sobrenatural a los síntomas que se presentaban como, por ejemplo: contracciones, convulsiones, parestesias, etc. (Melman, 1992).

Con respecto al psicoanálisis, se reconoce que en los acercamientos de Freud a la histeria se pueden distinguir dos momentos trascendentales, uno que alude a su aprendizaje bajo la influencia de Charcot, es decir bajo el influjo médico, y otro que se vincula a su trabajo junto con Breuer, con quien se aproximó a la hipnosis, sugestión y al método catártico. Luego, Freud direcciona su investigación hacia la asociación libre y el propio método psicoanalítico (Melman, 1899). De ahí que se conozca que la escucha a las histéricas dio origen al psicoanálisis.

2.1 ALGUNAS NOCIONES DE HISTERIA: LOS TEXTOS DE FREUD

Indiscutiblemente, el psicoanálisis debe su procedencia a la histeria, es como efecto de la escucha que Freud logra construir su teorización sobre lo que llamó el aparato psíquico y por tanto sobre el inconsciente. El recorrido que Freud realiza en relación a la histeria es extenso y resulta necesario el destacar que su construcción teórica se desconstruye y se construye en varios momentos a lo largo de su obra; evidentemente no constituyen acepciones estáticas, pues éstas se articulaban con otras formulaciones que se iban proponiendo.

Es en “*Estudios sobre la histeria*”, trabajo que Freud realiza conjuntamente con Breuer en los años de 1893 a 1895, años que corresponden a una etapa de prehistoria psicoanalítica, donde se da una apertura a la escucha de las histéricas. “El mérito indiscutible de Breuer, es el rescindir, prescindir, renunciar, al uso prepotente de la palabra y el de orientar su atención al decir de la enferma” (Saal, 2005, pág. 16).

Es a partir de las propuestas de Breuer, como Freud abre una hendidura en su trabajo, alejándose así de la hipnosis y estableciendo que el síntoma de la histérica tiene una relación causal con experiencias sofocadas o reprimidas, de modo que el síntoma aparece en lugar de lo que no se ha dicho. En consecuencia, “Freud, al escuchar el síntoma en la palabra, abre el camino para pensar al cuerpo sufriente y gozante en relación con un discurso” (Saal, 2005, pág. 21).

2.1.1 Breve recorrido de las primeras formulaciones de histeria

Una de las primeras teorizaciones de Freud sobre la histeria se encuentra en sus textos sobre las “*Neuropsicosis de defensa (1894)*” en la cual la histeria hace alusión al resultado de una defensa a la que el sujeto acude con la finalidad de evitar una representación inconciliable de característica sexual; después de la defensa se presentan síntomas que no se vinculan a alguna causa de tipo orgánica y para este cometido Freud propone el término conversión (Freud, 1925/2010).

En el año de 1896, Freud propone un nuevo trabajo sobre las neuropsicosis de defensa y especifica que “los traumas sexuales corresponden a la niñez temprana y su contenido tiene que consistir en una efectiva irritación de los genitales...junto con la condición de una pasividad sexual” (Freud, 1896/2010, pág. 164). Sin embargo, todas las experiencias traumáticas provocan su estallido en una etapa posterior debido a la huella mnémica reprimida. Se reconoce a esta propuesta como la teoría del trauma (Freud, 1925/2010).

En “*La etiología de la histeria (1896)*”, Freud (1896/2010), confirma la proposición sobre el desencadenamiento de la histeria vinculado a experiencias sexuales prematuras; declara como motivos para el estallido de la histeria tanto al abuso sexual de niñas (por parte de padres, tíos, empleadas, etc.), a la seducción por parte de un adulto y a las relaciones entre niños o hermanos. Manifiesta también en este trabajo que “los síntomas histéricos son

retoños de recuerdos de eficiencia inconsciente” (Freud, 1896/2010, pág. 210), en torno a dos momentos, un momento de pasividad sexual donde el adulto actúa y donde no se desencadena el afecto y un segundo tiempo, en la cual una escena posterior provoca angustia pero posee relación con el primer momento (Freud, 1896/2010).

Un año después, Freud modifica sus planteamientos sobre las experiencias sexuales y expone que estas escenas nunca existieron y que corresponden en realidad a fantasías sexuales de las mujeres, establece así que estas “fantasías sexuales se adueñan casi siempre del tema de los padres” (Freud, 1897/2006, pág. 302). Se reconoce a esta formulación como la teoría de la fantasía. Como resultado, indica que “los síntomas neuróticos no se anudaban de manera directa a vivencias efectivamente reales, sino a fantasías de deseo, y que para la neurosis vale más la realidad psíquica que material” (Freud, 1925/2001, pág. 33). Entonces, la histérica ha colocado en el otro lo que constituye un deseo propio. Su amplia investigación de la experiencia psicoanalítica le sirve de pauta para posteriormente rectificar su teorización y sostener que la sexualidad no procede de los adultos, sino que surge verdaderamente del niño y en consecuencia produce su teorización sobre el complejo de Edipo.

“*Tres ensayos de teoría sexual* (1905/2011)” es el trabajo donde Freud vincula la etiología de las neurosis con la actividad sexual infantil y donde ilustra que la función sexual está presente desde el comienzo del desarrollo del niño, sin embargo, ésta se apuntala en otras funciones de importancia vital y luego se aíslan de estas. En este trabajo introduce la noción de zonas erógenas y pulsiones parciales, así como también las fases de desarrollo de la organización sexual. Decreta en este escrito que “los neuróticos han conservado el estado infantil de su sexualidad o han sido remitidos a él” (Freud, 1905/2011, pág. 156). Se aprecia entonces un viraje de la producción de la teoría del trauma al exponer la disposición sexual constitucional del niño, llamada <<perversa polimorfa>> y al manifestar que la causa de las neurosis estaría vinculada con la represión excesiva de aspiraciones libidinosas (Freud, 1925/2001).

En “*Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis* (1906 [1905]/2015)” manifiesta que las fantasías de seducción deben considerarse como “unos intentos por defenderse del recuerdo de la propia práctica sexual (masturbación infantil)” (Freud, 1906 [1905]/2015, pág. 266). Adicionalmente, trastoca sus planteamientos y establece que los síntomas de las histéricas no deben ser valorados como los “retoños” de las vivencias traumáticas infantiles, sino que realmente entre los síntomas e impresiones

infantiles se intercalan fantasías de las histéricas que son producidas en la pubertad (Freud, 1906 [1905]/2015).

Uno de los cinco casos emblemáticos de Freud, es el caso Dora, titulado como *“Fragmento de análisis de un caso de histeria”* (1905), en donde reitera que “la causación de las enfermedades histéricas se encuentra en las intimidades de la vida psicosexual de los enfermos y que los síntomas histéricos son la expresión de sus más secretos deseos reprimidos” (Freud, 1905 [1901]/2000, pág. 7), aspecto que se relaciona con el cumplimiento de un deseo inconsciente, que remite a un amor edípico hacia el padre de Dora, de ahí que se demuestre que el deseo puede disimularse en los síntomas (Freud, 1905 [1901]/2000).

Los síntomas que presentaba Dora pretendían separar a su padre de la relación que mantenía con la Sra. K. En el caso es posible dilucidar celos hacia la Sra. K y por tanto una inclinación hacia la misma, así Freud habla de una disposición homosexual en Dora. Adicionalmente, es posible observar una posición placentera, una ganancia en los síntomas que Dora presenta, pues sin duda éstos constituyen una solución económicamente más cómoda que el reconocimiento del propio conflicto psíquico, es por esta razón que resulta complicado el desalojo del mismo (Freud, 1905 [1901]/2000).

Recapitulando, en la obra de Freud es posible dilucidar un pasaje en tanto Freud considera en una primera instancia a la histeria como el efecto de un trauma de carácter sexual para posteriormente esclarecer que realmente no se trataría eventualmente de un trauma, sino realmente de la producción de una serie de fantasías que poseen relevancia en la realidad psíquica, además recalcará también la relevancia de la constitución sexual del sujeto desde niño, así como el cumplimiento de un deseo inconsciente, como fuentes de origen de la histeria. No obstante, es importante el mencionar que la teoría del trauma no es desalojada por completo de sus planteamientos.

2.1.2 Represión y síntoma en la histeria

Freud (1896/2010) expresa que “para que se forme un síntoma histérico tiene que haber un esfuerzo de defensa contra una representación penosa” (pág. 194). En este momento

de la teorización freudiana, la causa de la histeria se encuentra relacionada con la represión de una representación que resulta ser intolerable para el sujeto.

Con respecto a la represión, se la entiende como el proceso en el que “...el yo se retira de una moción pulsional chocante, por así decir tras el primer encontronazo, bloqueándole el acceso a la conciencia” (Freud, 1925/2001, pág. 28). En consecuencia, la represión conlleva a rechazar una representación de la conciencia con la finalidad de mantenerla aislada de la misma.

En consecuencia, Freud (1916/2010) indica que “la neurosis nacería de la incapacidad de tramitar una vivencia teñida de un afecto hiperintenso” (pág. 253). En un momento, el afecto de la representación es socavado y el recuerdo de la vivencia es omitido de la conciencia y este se exterioriza en síntomas histéricos, a los que se los considera como producto del recuerdo reprimido (Freud, 1915/2002).

Lo reprimido se aloja en el inconsciente y efectivamente, puede ejercer una descarga mediante una satisfacción sustitutiva por vía del síntoma. (Freud, 1915/2002). Sin duda, la moción reprimida debe irrumpir por algún lugar, es entonces como desemboca en los síntomas, por ejemplo, en la histeria con inervaciones corporales.

De esta manera, el síntoma “es indicio y sustituto de una satisfacción pulsional interceptada, es el resultado del proceso defensivo” (Freud, 1925/2001, pág. 87), por consiguiente, se constituye como producto de compromiso que nace del conflicto en torno a la moción pulsional y deviene como sustituto de aquello que ha reprimido el sujeto. De ello resulta que, Freud (1917/2000) demuestre que los síntomas en la histeria, al igual que otras formaciones del inconsciente, poseen un sentido y se encuentran relacionados con el vivenciar particular de cada sujeto.

Freud (1908/1999) propone diferentes vías para dar cuenta de la naturaleza de los síntomas histéricos, dichas vías no se contradicen entre sí, sino que por el contrario constituyen aserciones más amplias y detalladas de la teorización freudiana. Entre éstas se encuentran las siguientes:

1. El síntoma histérico es símbolo mnémico de vivencias traumáticas.
2. El síntoma histérico es el sustituto producido mediante la conversión, del retorno de vivencias traumáticas.
3. El síntoma histérico es la expresión del cumplimiento de un deseo.

4. El síntoma histérico es la realización de una fantasía inconsciente (cumplimiento de deseo).
5. El síntoma histérico sirve a la satisfacción sexual y figura una parte de la vida sexual de la persona.
6. El síntoma histérico corresponde al retorno de una modalidad de satisfacción sexual infantil que fue reprimida.
7. El síntoma histérico nace como compromiso entre dos mociones pulsionales, una expresa una pulsión parcial mientras que la otra se empeña en sofocarlo.

(Freud., 1908/1999, pág. 145)

Ahora bien, en cuanto al delirio, Maleval (1998) afirma que Freud y Breuer en *Estudios sobre la histeria* ilustran la presencia de las llamadas “histerias graves”, las cuales presentan además de los síntomas característicos de la histeria otros tipos de síntoma inusuales a los de conversión como por ejemplo cierto tipo de delirios y alucinaciones, esta histeria ha sido denominada como locura histérica.

El “delirio neurótico” se construye en el trabajo de Freud tanto en su teorización como en la redacción de sus casos clínicos. Se aclara que el delirio se presenta “alternadamente con estados de conciencia normales como si se tratara de una suerte de tic que se intercalara entre los movimientos sin mezclarse ni que se notara su intromisión” (Palau, 2015, pág. 20). Entonces el delirio se presentaría añadido a síntomas conversivos propios de la histeria (Palau, 2015). El delirio histérico se retomará extensamente el siguiente capítulo.

Sintetizando las mencionadas vías, se puede establecer que el síntoma constituye una sustitución, un mensaje cifrado del cual solo el sujeto puede decir algo, ya sea que haya sido sometido a un requerimiento sexual, ya sea bajo la constitución de su sufrimiento sobre una serie de fantasías-las cuales constituyen “cumplimientos de deseos engendrados por la privación y la añoranza” (Freud., 1908/1999, pág. 141) , o bajo el cumplimiento de deseo en torno a lo edípico.

Ciertamente, los síntomas son hechos de discurso que emergen en el lugar de lo no dicho, en este sentido, el cuerpo de la histeria habla, es éste el que devela sufrimiento y malestar. Entonces, como manifiesta Saal (2005), “La palabra se muestra consustanciada con el

síntoma histérico que aparece, así como un decir en el sujeto aun cuando éste ignore las relaciones entre su discurso y su cuerpo estigmatizado” (pág. 18)

2.1.3 Complejo de Edipo: Mujer

Indiscutiblemente, el complejo de Edipo constituye una relación fundante y estructurante en el sujeto; devela su significación en el periodo sexual de la primera infancia, aproximadamente entre los 3 y 5 años de edad y no puede dejar de producir consecuencias en el sujeto (Freud, 1924/2012).

El Edipo debe en un momento ceder a la represión y sepultarse para que prosiga el periodo de latencia, pues, “el deseo no podrá cumplirse en lo dual y deberá derivarse, desplazarse hacia los objetos de la cultura y el lenguaje” (Braunstein, 2005, p. 59). Como efecto de este proceso deviene la constitución del superyó.

La investigación de Freud da cuenta que la mayoría de los niños se encuentran inmersos en una trama en la que se exteriorizan sentimientos de amor hacia el progenitor del mismo sexo y sentimientos hostiles hacia el progenitor del sexo opuesto, en este sentido, en un momento de la constitución psíquica, la niña, quien exige la presencia de su padre solamente para ella, observa a su madre como una adversaria frente a los sentimientos de ternura que posee hacia su progenitor (Freud, 1905/2011). Es a esta trama a lo que Freud denominó Complejo de Edipo, sirviéndose del texto de Sófocles titulado: Edipo Rey.

Simultáneamente al Complejo de Edipo se constituye la fase fálica, cuyo nombre debe a la primacía del falo que se instaura tanto para la niña como para el niño (Freud, 1923/2000). Sin embargo, resulta necesario el recalcar que la organización fálica, el complejo de Edipo y el complejo de castración, se presentan de diferente manera en cada sexo (entendiendo que este no determina el modo de posicionarse ya fuese como hombre o mujer) (Lacan, 1957-58/1999).

Dicho brevemente la primacía del falo se erige tanto en los niños como las niñas en esta etapa puesto que se adscriben a la pulsión de saber o de investigar la cual recae sobre los problemas sexuales, aunque no de manera exclusiva (Freud, 1905/2011); el esfuerzo de saber y la curiosidad de los niños despierta espontáneamente, pues se origina debido a las

objetivas necesidades de la constitución psicosexual del niño. Sus dudas son resueltas en una primera instancia bajo teorías que construyen paulatinamente. La primera de estas teorías edificadas por los niños se refiere a la diferencia entre los sexos (Freud, 1908/1999).

De modo que Freud (1908/1999) menciona: “El supuesto de que todos los seres humanos poseen idéntico genital masculino es la primera de las asombrosas teorías sexuales infantiles, grávidas de consecuencias” (pág. 177). Ciertamente, niños y niñas atribuyen al pene una importancia particular y el efecto del descubrimiento de que la mujer carece de éste, genera en las niñas la “envidia del pene” y en los niños la concepción de “la mujer sin pene”. En consecuencia “...para ambos sexos, solo desempeña un papel un genital, el masculino. Por lo tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo.” (Freud, 1923/2000, pág. 146). Se entiende al falo, no como órgano, sino como el elemento simbólico que despierta el deseo en el otro.

Inicialmente, la niña rechaza el reconocimiento de la diferencia sexual, en consecuencia, adjudica a su clítoris como pene, advierte que éste es demasiado pequeño y que en algún momento crecerá, así conserva la postura de que un momento de su vida tuvo pene, pero seguidamente lo perdió. Sin embargo, a medida que la niña vaya creciendo admitirá que las mujeres no poseen pene, lo que implica que ella ni su madre lo tienen, percibe así a este hecho como razón de inferioridad (Freud, 1924/2012).

Para la niña, el abandono de la concepción de no tener pene no se presentará sin un intento de resarcimiento, se habla así de la envidia del pene, ya que la niña se siente desposeída de éste y al mismo tiempo perjudicada, no lo tiene, pero quiere tenerlo, demanda su restitución y así exterioriza su deseo de poseerlo (Freud, 1908/1999).

La niña atribuye esta herida narcisista a su madre, aduce que ella no la ha dotado del miembro viril, entonces se presenta un debilitamiento de los vínculos con la madre, quien tanto para niño y niña constituye su primer objeto de amor, por consiguiente, la niña cambia de objeto de amor hacia su padre, pues introduce un resentimiento contra la misma (Freud, 1931/1999).

Freud (1931/1999) explica: “cuando toma al padre como objeto, halla la forma femenina del complejo de Edipo. Por lo tanto, el complejo de Edipo es en la mujer el resultado final de un desarrollo más prolongado, no destruido por el influjo de la castración sino, creado por él” (pág. 232).

Lo mencionado hasta aquí, permite inferir que el complejo de Edipo y la primacía del falo se enlazan al complejo de castración; éste para la niña constituirá su entrada al Edipo mientras que para el niño fundará el sepultamiento del mismo (Freud, 1924/2012). De ahí que “la niña acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo a la consumación de este” (Freud, 1924/2012, pág. 186).

En este sentido, la decepción en la niña de no poseer pene da paso al cambio del órgano sexual predominante, es decir, del clítoris a la vagina, así como también de objeto sexual, a saber, de la madre al padre. En la mudanza del objeto, inicia el camino rector del Edipo en la niña, así como también el trayecto que constituye la feminidad (Freud, 1925/2000).

Al vínculo primero que se establece entre madre-hija, Freud (1931/1999) lo denomina como *fase pre-edipica*, pues a partir de éste se establece el inicio del Complejo de Edipo. Es por esta razón que Freud (1925/2000) determina que “en la niña el complejo de Edipo es una formación secundaria. Las repercusiones del complejo de Edipo y castración le preceden y lo preparan” (pág. 275).

Es así como la niña se “enamora” de su padre, se encamina hacia el elemento que él posee y reclama su pene, pues la niña quiere obtenerlo de alguna manera. Sin embargo, paulatinamente da cuenta que éste no proporciona lo que ella demanda, la libido de la niña se encamina a una nueva posición, pues desplaza el deseo de poseer el pene para reemplazarlo por el deseo de concebir un hijo del padre. Freud traduce a este desplazamiento en base a la ecuación simbólica: pene = hijo (Freud, 1931/1999).

Finalmente, Freud (1924/2012) indica en consideración al cambio de objeto en la niña:

“La mujer se desliza -a lo largo de una ecuación simbólica, diríamos- del pene al hijo, su complejo de edipo culmina en el deseo alimentado por mucho tiempo de recibir como regalo un hijo del padre. Se tiene la impresión del que el complejo de edipo es abandonado después poco a poco porque este deseo no se cumple nunca. (pág. 186)

Tanto el deseo de poseer pene, así como el de recibir un hijo del padre permanecen suspendidos en el inconsciente. Ha intervenido la ley que destaca la imposibilidad de poseer al padre bajo la promesa de otro hombre. Así, la niña no deseará a su padre como objeto de amor, eventualmente deseará a otro hombre que reivindicará ese deseo inconsciente de poseer pene a través de un hijo propio (Braunstein, 2006).

Entonces, el desenlace del complejo de Edipo de la mujer finaliza con “una demanda hecha al padre después de aceptar la castración irremisible de la madre con su saldo de envidia del pene y aspiración a recuperarlo bajo la forma equivalente que es un hijo” (Braunstein, 2006, pág. 59). Finalmente, la resignación del objeto es reemplazada por el proceso de identificación que instala al superyó y erige la diferenciación de la segunda tópica establecida por Freud.

2.2 ALGUNAS APROXIMACIONES DE HISTERIA: LACAN

Ciertamente, Lacan traduce el reconocimiento de Freud acerca de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, de ahí que Lacan afirme que “el conjunto del comportamiento histérico está estructurado como un lenguaje” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 485); evidentemente, la histeria da cuenta de un sujeto escindido y del orden de lo simbólico, por consiguiente, el inconsciente se evidencia cuando el sujeto habla y cuando éste parece sorprendido ante el equívoco y la falla en el discurso que no revela nada más que el vacío y su función estructurante en el sujeto. La histeria, por consiguiente, se juega en la duplicidad del significado y el significante al haber sido atravesada/o por las redes de la palabra.

2.2.1 La función del padre en la histeria

Previamente, se han detallado ya los tiempos lógicos que comprenden al Complejo de Edipo expuestos por Lacan, resulta sin embargo trascendental el detallar ciertos aspectos que comprenden específicamente al Complejo de Edipo en la mujer para exponer como gira la histeria en torno a la función paterna.

El falo, al ser el elemento que organiza la dinámica edípica, constituye el elemento rector de la dialéctica tanto masculina como femenina. La estructura del Edipo se despliega diferente en niño y niña, en consecuencia, preexisten aspectos divergentes. Lacan (1956-1957/1998) en su retorno a Freud, establece que los dos sexos alcanzan la llamada organización genital, no obstante, “la posesión o no posesión del falo es su elemento diferencial primordial” (pág. 98).

Así, por ejemplo, a diferencia del niño, para la niña “solo hay una forma de desear. Primero...se cree dotada de un falo, así como cree que su madre está dotada de un falo” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 283). Gradualmente, la niña da cuenta que ni ella ni su madre lo poseen, pues la madre busca en otro el elemento que la completaría, lo que da cuenta de que la madre está castrada. Es “a través del disgusto, de la desilusión con respecto a esta fase fantasmática... como la niña es introducida al complejo de Edipo” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 284). Por lo tanto, el falo es el elemento imaginario, a través del cual, en el

plano de lo genital, el sujeto es introducido al orden de lo simbólico (Lacan, 1957-58/1999).

En concreto, el “no tenerlo” conlleva a que la niña direcciona una búsqueda para conseguirlo, es así como accede a la estructura del Edipo. Esta búsqueda implica que la niña desista de la convicción de pertenencia del falo, lo que da paso a que sea atribuido como pertenencia al padre (Lacan, 1956-1957/1998).

De esta manera, lo busca en su progenitor quien “es para ella de entrada objeto de su amor, es decir, el objeto del sentimiento dirigido al elemento de falta en el objeto, porque a través de esta falta es como se ha visto conducida hasta ese objeto que es el padre” (Lacan, 1956-1957/1998, pág. 205); ciertamente, en la encrucijada del Edipo, la niña conducirá su búsqueda hacia el falo, conoce donde ésta, conoce donde ha de ir a buscarlo, es por eso que se dirige al padre (Lacan, 1957-58/1999).

Paulatinamente, la niña da cuenta que el padre no lo concede, se ve introducida en plano de la frustración ya que la niña se ve privada por alguien de quien precisamente podría esperar lo que le pide; su demanda, así como cualquier otra, no podrá ser satisfecha y el objeto cambia de significación; el falo, aquel elemento que imaginariamente podría completarla cambia de tentativa a poseer un hijo del padre, así “el falo tendrá que deslizarse de lo imaginario a lo real por una especie de equivalencia” (Lacan, 1956-1957/1998, pág. 205).

Lacan (1956-1957/1998) menciona que “la niña encuentra el pene real ahí donde está, más allá, en aquel que puede darle un hijo, o sea, nos dice Freud, en el padre. Por no tenerlo como pertenencia, incluso por haber renunciado a él netamente en este terreno, podrá tenerlo como don del padre” (pág. 204). Entonces, se desea un hijo del padre como sustituto del falo faltante, como una búsqueda de respuesta a su feminidad, hacia su falta en ser, por lo tanto, se ubica así en dependencia al padre de lo que debe ser donado, es decir un hijo, cuestión que estatuye una equivalencia simbólica (Lacan, 1957-58/1999).

La ecuación simbólica *falo=niño*, da cuenta de la sustitución del falo por el hijo, en definitiva, no lo posee, pero puede reemplazarlo. Por consiguiente, se infiere que la ausencia de falo en lo imaginario, desemboca en la búsqueda del falo en lo simbólico. Evidentemente “el deseo apunta al falo como don... al ser elevado a la dignidad de objeto como don, hace entrar al sujeto en la dialéctica del intercambio, normalizando así todas

sus posiciones, incluidas las prohibiciones esenciales que fundan el movimiento general del intercambio” (Lacan, 1956-1957/1998, pág. 144).

La promesa del Edipo devela que la niña no podrá tener un hijo del padre, lo conseguirá de otro hombre. Es así como la niña vectoriza su búsqueda a otro sitio, en consecuencia, el padre declina como objeto de amor; evidentemente “se requiere un poco de paciencia para que el padre sea sustituido al fin por alguien que desempeñará exactamente el mismo papel, el mismo papel de un padre, dándole efectivamente un hijo” (Lacan, 1956-1957/1998, pág. 205).

Dicho brevemente, la niña atraviesa la encrucijada del Edipo en distintos planos. Así, en el registro de lo imaginario, la niña experimenta la frustración que afecta a un objeto real al no detentar un pene del padre. En el registro de lo real, se manifiesta una privación al no poder poseer un hijo del padre. Finalmente, el registro de lo simbólico da cabida a la castración que implica la asunción de la falta un elemento imaginario, que en su ausencia hace presencia (Lacan, 1956-1957/1998).

El definitiva, la castración, la cual no puede dejar de articularse con los otros planos de los tiempos lógicos del Edipo, constituye el eje central de esta estructura, pues es a partir de éste como el desenlace del Edipo radicará en que la niña asuma o no al falo como significante de la falta y pueda hacer de éste un instrumento del orden simbólico de los intercambios (Lacan, 1957-58/1999).

Ahora bien, Lacan (1956-1957/1998) en referencia a la neurosis menciona que “la castración, en la medida en que resulta eficaz, en la medida en que se experimenta, está presente en la génesis de la neurosis” (Lacan, 1956-1957/1998, pág. 221). Por consiguiente, la histeria ha franqueado de alguna manera la encrucijada del Edipo y por tanto gira en torno al a la concepción del padre simbólico que adjudica la instauración de la Ley, que no es otra más que una Ley de simbolización, que subsiste fuera del sujeto, que actúa determinándolo y que lo posibilita a desear (Braunstein, 2006).

Ahora bien, en referencia a la histeria, Lacan (1946/2003) menciona que “el complejo de Edipo revela ser en la experiencia capaz no solo de provocar, por sus incidencias atípicas, todos los efectos somáticos de la histeria sino también de constituir normalmente el sentimiento de realidad” (pág. 172). Efectivamente, el modo de posicionarse de la histeria y por ende la emergencia de sus síntomas se lían a la estructura del Edipo, la castración y por tanto a la función del Padre (Braunstein, 2006)

La histeria gira en torno al correlato de tener o no tener el falo; lo característico de la histeria se centra en la exigencia de impugnar la atribución fálica del padre, pues lo concibe como un sujeto que posee el falo por el hecho de haber privado a la madre de éste (Dor, 2006). Entonces en el trayecto del Edipo, se presentan obstáculos en el momento en el que se instaura “el falo como objeto deseado por la madre, y ya no solamente como objeto del cual el padre la puede privar” (Lacan, 1957-58/1999).

Impugnar al falo asienta la posibilidad de que tanto la madre como el sujeto histérico puedan tenerlo, ya que el hecho de aceptar al padre como único poseedor del falo implica el comprometer el deseo del histérico bajo el modo de “no tenerlo”. Dor (2006) expresa que “los histéricos son militantes del tener” (pág. 88) y al posicionarse de esta manera frente a la lógica fálica, indudablemente cuestionan e interrogan que el padre sea el sujeto que efectivamente es poseedor del falo (Rivadero, 1998).

Lacan (1957-58/1999) menciona: “Dora es una histérica, es decir, alguien que ha alcanzado la crisis edípica y que, al mismo tiempo, ha podido y no franquearla. Hay una razón para ello es que su padre es impotente” (pág. 41). Evidentemente en la histeria, el padre no entrega simbólicamente el objeto faltante de ahí que la histeria resida en la expectativa, búsqueda y conquista del falo del cual se posiciona como injustamente desprovista pues no ha asumido concretamente la privación para que ésta sea simbolizada como castración, cuestión que dificulta el reconocimiento de la promesa de obtener simbólicamente lo que no se tiene y jugarse en el terreno de la lógica del No-todo.

En la histeria, evidentemente la castración está presente, el padre simbólico constituye agente de la castración, pero la renegación a la castración también subsiste, pues el padre no ha logrado dar cuenta de su atribución fálica. No obstante, en la histeria “el propio padre se constituye por apreciación simbólica. Después de todo, incluso enfermo o moribundo, es lo que es. Considerarlo deficiente respecto de su función de la que no se ocupa es darle una asignación simbólicamente propiamente dicha.” (Lacan, 1969-70/2013, pág. 100)

En consecuencia, la castración en la histeria de alguna u otra manera ha atravesado al sujeto y por tanto el deseo, que es un deseo insatisfecho subsiste pues éste se encuentra sujetado al efecto de la metáfora paterna, sin embargo también coexiste una dificultad para dar cuenta de simbolización del Deseo del Otro primordial y así concebir a la emergencia del falo ϕ como significante de la falta, es decir como “el significante

fundamental por el que el deseo del sujeto ha de hacerse reconocer como tal deseo” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 281).

2.2.2 La mujer, no-toda: Las fórmulas de la sexuación

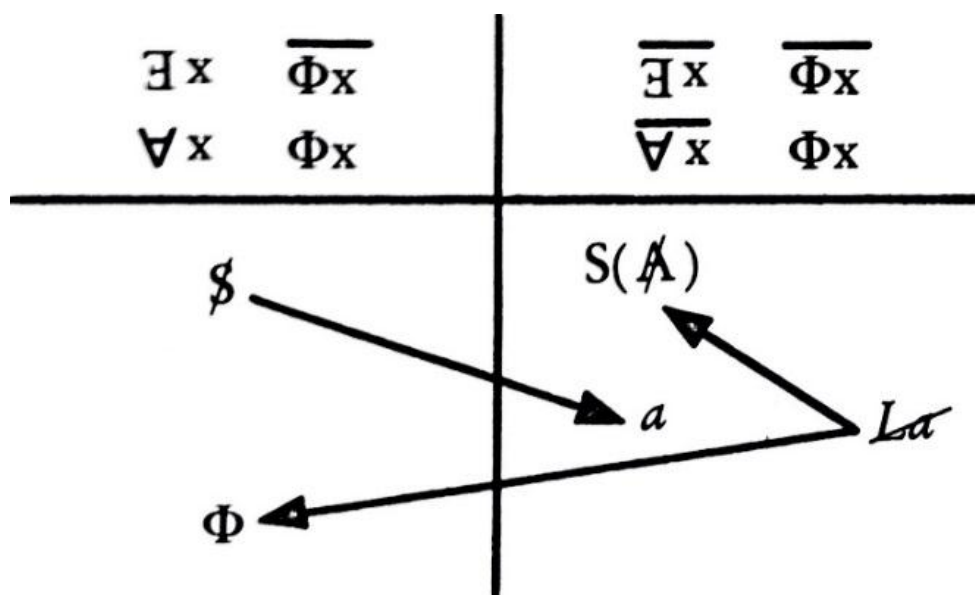
Resulta evidente la inclinación de Lacan por recurrir a la escritura algebraica con la finalidad de formalizar sus planteamientos sobre el discurso psicoanalítico; matemáticas como: la fórmula del significante, el esquema L, el grafo del deseo, los cuatro discursos y las fórmulas de la sexuación resultan ser efecto de la subversión del campo de la lingüística y las matemáticas.

Los matemáticos de las fórmulas de la sexuación son bosquejados por Lacan desde los seminarios: “*De un discurso que no fuera semblante*” y “*...O peor*”, sin embargo, son sobre todo estructurados en el seminario XX “*Aún*”. (Mazzuca, 2012), en este seminario Lacan da cuenta que los seres hablantes se encuentran destinados a reconocerse ya sea como hombres o como mujeres en tanto la sexualidad de entrada se encuentra subvertida por el lenguaje, por lo tanto, especifica que hombres y mujeres “no son más que significantes enteramente ligados al *curso* corriente del lenguaje” (Lacan, 1972-73/1998, pág. 47).

En el esquema de las fórmulas, el significante de la falta representa la vía por la que el deseo se vectoriza a partir de la castración y da cabida a la función fálica, por lo tanto “la orientación de una identificación sexuada proviene del planteo de los tres tiempos del Edipo, que concluyen con las identificaciones que ubican al sujeto en posición masculina o femenina sin tener en cuenta para ello el sexo biológico” (Tendlarz, 2013).

Esta formalización expone la manera cómo el sujeto se posiciona en referencia al falo y en consecuencia frente a la castración, pues “Lacan denomina función fálica a la función de la castración” (Chemama & Vandermersch, 2010, pág. 616). Al lado izquierdo se presenta la situación masculina, y a la derecha la situación femenina, en donde “el ϕ y el \bar{A} corresponden a la demanda de ser del sujeto, del lado masculino, encuentra la solución a través del significante fálico, del lado femenino, se confronta con una falta” (Tendlarz, 2013, pág. 116)

3



Entonces, el lado masculino, el falo se encuentra positivizado ya que da cuenta de que interviene sobre el objeto α , de ahí que el hombre se dirige hacia un objeto que deslumbre un valor fálico. Por su parte, en el lado femenino, el \overline{A} da cuenta de la negativización propia de la falta, por lo tanto, la mujer se enfrenta con la falta. (Tendlarz, 2013)

Ahora bien, las fórmulas de la sexuación, constan en ambos lados, izquierdo y derecho, de un *cuantor* universal que da cuenta del “para todo” (\forall), un *cuantor* existencial que da cuenta de la existencia y por tanto del “al menos uno” (\exists), la barra superior en los *cuantores* ($\overline{}$) que indica negación, significante (x) y la función fálica por tanto, la castración (Φ) (Maleval, 2002).

Se entiende entonces que “todo” (\forall) se opone a “no-todo” $\overline{\forall}$ y es a partir de donde se ubique el sujeto, cómo se distribuyen los seres hablantes (Maleval, 2002). Con la ayuda de esta escritura Lacan escribe cuatro fórmulas que tratan de formalizar la lógica en la que se juega en el inconsciente.

Lacan (1972-73/1998) menciona en referencia al primer cuadrante:

A la izquierda, la línea inferior $\forall x \Phi x$ indica que el hombre en tanto todo se inscribe mediante la función fálica, aunque no hay que olvidar que esta función encuentra su límite en la existencia de una x que niega la función Φx : $\exists x \overline{\Phi x}$. (Lacan, 1972-73/1998, pág. 96)

³ (Lacan, Seminario XX: Aún, 1972-73/1998, pág. 95)

De manera que la formula $\forall x \phi x$ indica que todo sujeto que se ubique en el lado masculino está atravesado por el goce fálico, lo que implica que todos los sujetos están castrados y por lo tanto constituyen un conjunto universo, ya que “un todo solo es concebible en la lógica a partir de la existencia de una excepción que instaure un límite suturador” (Maleval, 2002, pág. 115). Esta excepción es equivalente al padre de la horda primitiva, expuesto por Freud, el único sujeto que gozaba de todas mujeres, el único no-castrado, en consecuencia, se escribe $\exists x \overline{\phi x}$. De manera que sin esta excepción resulta imposible fundar un conjunto (Maleval, 2002).

Por otra parte, el Otro lado, se lo entiende a partir de $\forall x \phi x$, en donde la barra, es decir la negación afecta al *cuantor*, en consecuencia, se lee como “no-toda” en la función fálica y como efecto, “será el no-todo, en tanto puede elegir o no estar en ϕx ” (Lacan, 1972-73/1998, pág. 97). Efectivamente, la mujer tiene distintos modos de relación con el falo y da cuenta de un goce más allá del fálico, de ahí que Lacan (1972-73/1998) exprese que “la mujer tiene un goce adicional, suplementario respecto a lo que designa como goce la función fálica” (pág. 89), que se desdobra en $S(A)$, un goce Otro, un goce denominado goce Otro.

A diferencia del lado masculino, en el lado femenino “no existe un x que se determine como sujeto en el enunciado de decir que no a la función fálica” (Tendlarz, 2013, pág. 137) ya que las mujeres no son castrables, pues no poseen el falo, lo que se escribe como $\exists x \overline{\phi x}$ (Lacan, 1971-72/2012).

Por consiguiente, “conserva una diversidad irreductible, porque su posición está dominada por la función que escribe que no hay una que represente el decir que prohíbe” (Maleval, 2002, pág. 118), en consecuencia, Lacan (1972-73/1998) escribe que La mujer solo puede escribirse tachando el \overline{A} , pues como conjunto universo no existe, existen las mujeres, tomadas una por una, ya que este lado carece de un significante que funde un universo, pues “por esencia ella no toda es” (Lacan, 1972-73/1998, pág. 89)

En síntesis, Lacan (1971-72/2012) menciona:

De un lado, del lado macho hay un x que puede sostenerse en el más allá de la función fálica, y del otro lado no lo hay, por la simple razón de que una mujer no podría ser castrada, y esto por las mejores razones (...) Como contrapartida en el nivel de la función fálica, el hecho que al todo se

oponga al no-toda posibilita una repartición de izquierda a derecha de lo que se fundara como macho y como hembra. (pág. 99)

La distribución sexual se produce en el tercer y cuarto cuadrante, en donde se observa la repartición. Entonces, el hombre está situado en el lado del goce cercado, del goce fálico y su deseo se direcciona al lado femenino para tomar a la mujer como objeto de su deseo, $\$ \rightarrow \alpha$; la mujer entonces es tomada como α en tanto representa lo que a él le falta. (Tendlarz, 2013). Así, Lacan (1972-73/1998) menciona que “el hombre es quien aborda a la mujer o cree abordarla...sin embargo solo aborda la causa de su deseo que designé con el objeto α ” (pág. 88)

En contraste, en el lado femenino es posible afirmar que *La Mujer*, no es ajena al goce fálico, es no-toda, ya que tiene acceso al goce Otro. De ahí que “en lo que al goce se refiere, se desdobla en $S(A)$, por una parte, es atraída hacia Dios, hacia un amor infinito, pero por otra parte, debido a la interposición del falo (Φ), se engancha al goce del hombre” (Maleval, 2002, pág. 117); aspecto que es demostrado por el vector que se divide en dos, uno se dirige al falo en el lado masculino donde se incluye evidentemente la dialéctica fálica mientras que el segundo se vectoriza hacia el goce suplementario (Lacan, 1972-73/1998).

Finalmente, resulta indispensable dar cuenta del aforismo acerca de la inexistencia de la relación sexual: “la relación sexual no existe”. Lacan (1972-73/1998) menciona que “esta fórmula solo puede articularse gracias a toda la construcción del discurso psicoanalítico” (pág. 46). Evidentemente, el psicoanálisis interroga a la supuesta relación factual y como efecto deja al descubierto una falla. La relación sexual en tanto falla “anda de todas maneras, gracias a cierto número de convenciones, prohibiciones, inhibiciones que son efecto del lenguaje y que solo han de tomarse en ese registro” (Lacan, 1972-73/1998, pág. 44).

La imposibilidad de la relación sexual entre los sujetos, en tanto encuentro de dos discursos, da cuenta que es imposible escribir una relación lógica entre dos términos, ya que no existe el significante que nombre a La mujer como un conjunto, mientras que el hombre ciertamente posee un significante que lo represente, de ello la imposibilidad de establecer la relación de ambos, puesto que no hay complementariedad.

Ahora bien, la sexuación evidentemente tiene relación con la elección que hace el sujeto en referencia al goce. Dependiendo de la posición en que el sujeto se sitúe con respecto al elemento implicado en la estructuración del sujeto, es decir el falo, se verá en el lado de la mujer o del hombre y dependiendo de esta posición experimentaran un encuentro con distintos goces en relación al lenguaje. De ahí que Chemama (2010) manifieste que “la materia del goce no es otra cosa que la textura del lenguaje” (pág. 284)

Como se ha establecido previamente, en el lado masculino se entiende que todos los hombres están sometidos a la castración, es decir a la función fálica y por tanto son atravesados por el goce fálico, el goce que “hace límite para el ser hablante” (Chemama & Vandermersch, 2010, pág. 257), goce definido a partir de la castración, del atravesamiento del lenguaje al cuerpo, goce que deviene por la inyección del significante del Nombre-del-Padre, que permite la ubicación del significante fálico. (Braunstein, 2006). Por consiguiente, Lacan (1972-73/1998) manifiesta “el goce está marcado por ese agujero que no le deja otra vía más que la del goce fálico (pág. 16)

Entonces, el goce fálico, designa al “goce ligado a la palabra, efecto de la castración que espera y se consume en todo hablante, goce lenguajero semiótico, fuera del cuerpo, es la tijera que separa y opone a los dos goces distinguidos” (Braunstein, 2006, pág. 149), es decir el goce femenino y el goce referente a las psicosis.

Es posible verificar en las fórmulas que todo sujeto que se ubique en el lado del hombre se inscribe en la lógica ($\forall x \phi x$) y por tanto al goce fálico, Lacan (1972-73/1998) menciona que “el hombre, no es más que un significante porque allí donde entra en juego como significante, no entra sino *quo as castration*, es decir, en cuanto relacionado con el goce fálico” (pág. 47).

Se infiere entonces que el ϕ es el soporte del goce fálico, por lo cual este goce está presente tanto en el lado del hombre como el de la mujer en tanto se encuentra no-toda. Este goce, “el goce llamado sexual, es estrictamente lo que obstaculiza la relación sexual” (Lacan, 1971-72/2012, pág. 31) ya que la mujer tiene acceso a otro goce.

Como se ha establecido ya anteriormente, la mujer se define con una posición no-toda en lo que se refiere al goce fálico. Por consiguiente, Lacan (1972-73/1998) establece que “la mujer tiene distintos modos de abordar el falo. El ser no-toda en la función fálica no quiere decir que no lo esté del todo, no es verdad que no lo esté del todo. Esta de lleno allí, pero hay algo más” (pág. 90). Esto implica que la mujer se encuentra atravesada

como el hombre por la función de castración, no obstante, la mujer tiene otro modo distinto de goce que diverge del fálico, el goce del Otro $S(A)$ (Lacan, 1972-73/1998).

El goce del Otro, no se contrapone al goce fálico, constituye un modo más de goce perteneciente a la mujer. Como resultado la mujer tiene relación al ϕ y por otra parte al $S(A)$ de allí que Lacan lo llame goce suplementario. Lacan (1972-73/1998) menciona que “la mujer tiene relación con el significante de ese Otro, en tanto que, como Otro, este nunca deja de ser Otro” (pág. 98).

2.2.3 Excesos de histeria-locura histérica: el goce del Otro

La siguiente pregunta será bosquejada en el transcurso de este ítem. ¿Puede el acceso al goce femenino, este goce sin límites dar cuenta de experiencias que viven algunos sujetos histéricos como delirios o alucinaciones?

Como se ha mencionado anteriormente, las mujeres carecen de un universal, carecen de un significante imposible de articular y poseen una relación no-toda con el falo, por lo cual las mujeres deben ser reconocidas una por una; su posición no es complementaria al goce fálico sino suplementaria e independiente de éste. Para la mujer no existe un límite, debido a $\exists x \phi x$ y por lo tanto las mujeres participan de una relación distinta con lo que establece el marco del límite quedando fuera del dominio fálico (Lacan, 1972-73/1998).

Lacan (1972-73/1998) manifiesta:

cuando digo que la mujer es no-toda y por eso no puedo decir *la* mujer, es precisamente porque pongo en tela de juicio un goce que, frente a todo lo que se engasta en la función ϕx , es del orden de lo infinito (pág. 124).

¿A qué otro infinito se puede referir Lacan a menos de que no sea en relación al lenguaje? Existe entonces un goce que se ubica más allá de la palabra, de la castración y del sentido, y por consiguiente llega a sobrepasar a la función del falo en tanto da cabida al goce fálico; este goce llamado *goce Otro*, resulta ser “del Otro sexo, del sexo que es Otro con respecto al falo” (Lacan, 1972-73/1998, pág. 134).

En este sentido, la mujer accede a un goce particular de su propio lado que está más allá del atravesamiento del lenguaje ya que la esencia particular del goce del Otro “emerge

más allá de *ella*, efecto del pasaje por el lenguaje, pero fuera de él, este es el inefable e inexplicable goce femenino” (Braunstein, 2006, pág. 135). Es por esta razón que en referencia a este goce Lacan menciona se desprende una exigencia lógica en la palabra (Lacan, 1972-73/1998).

Braunstein (2006) expresa que “las mujeres, tropiezan con un corte no-todo, un corte que, una vez efectuado, abre un más allá y remite al significante de la falta en la batería del Otro del lenguaje” (pág. 157), de ahí que el significante de Otro representa con lo que la mujer se encuentra enteramente vinculada. En referencia, Lacan (1972-73/1998) expresa que “la mujer tiene relación con el significante de ese Otro, en tanto que, como Otro, este nunca deja de ser Otro” (pág. 98).

Por esta razón, la mujer se encuentra identificada con el Otro, el tesoro de significantes, el lugar donde se inscriben los significantes y por lo tanto vinculada a un lugar en relación a un saber inconsciente que la representa y que da cuenta de este goce que ha sido caracterizado un sin número de veces como enigmático, a pesar de ser fálico, pues claramente mantiene una relación con el falo en tanto que “lo admite y lo reconoce, pero a la vez no se agota en él y en el universo de significantes que impone” (Braunstein, 2006, pág. 139)

En consecuencia, el goce Otro no puede ser instituido como saber ya que la palabra y por lo tanto el registro de lo simbólico no lo recubre, pues se encuentra fuera de éste. Con respecto al saber y al goce del Otro, Braunstein (2006) dice:

el goce femenino aparece como goce del Otro y el intento para gobernarlo en el campo del saber ha dado muchas respuestas (...) el saber se empeña en atraparlo allí precisamente donde sus presunciones se le han escurrido, en las mujeres, en el *dark continent* del que hablaba Freud que, al final de su vida, llegó a la conclusión de que nunca pudo contestar la pregunta por lo que quiere una mujer y por lo tanto lo que una mujer es. Lacan agregaba que el psicoanálisis, el modo más radical de interrogar al hablante sobre su experiencia, cuando se aplicaba a las mujeres y cuando las propias mujeres, en tanto que practicantes de ese psicoanálisis, se interrogan a sí mismas, no conseguían tampoco mover en nada que fuese digno de descartar la perplejidad reinante acerca del goce femenino. Al enigma que parece intemporal, muchos edipos aventuraron infinitas respuestas y

provocaron la ruina de muchas esfinges. A tales respuestas podríamos calificarlas **ora de neuróticas o psicóticas**” (Braunstein, 2006, pág. 140).

En este sentido, este goce encubre un saber imposible, se entiende al goce Otro entonces relacionado a la imposibilidad de abarcarlo y en consecuencia vinculado a lo indecible; evidentemente, el goce de la mujer resulta ser fálico, por una parte, pero enigmático por otra, pues “el ser no-toda en la función fálica no quiere decir que no lo esté del todo. No es verdad que no lo esté del todo. Esta de lleno allí, pero hay algo, de más” (Lacan, 1972-73/1998, pág. 90). Por lo tanto “no es verdadero que la castración domine todo” (Lacan, 1971-72/2012, pág. 36).

Lacan (1972-73/1998) expresa que “quizá nada sabe ella misma, a no ser que lo siente: eso sí lo sabe. Lo sabe, desde luego, cuando ocurre. No les ocurre a todas” (pág. 90); de esta manera, la mujer tiene acceso a un exceso de goce, un modo exclusivo de gozar del lado femenino, goce del cual la mujer según Lacan, “nada se sabe, es que nunca se les ha podido sacar nada” (Lacan, 1972-73/1998, pág. 92).

En relación a la clínica, Braunstein (2006) dice: “A la luz de la clínica parece cierto que hay un goce femenino que está más allá del falo, un goce que no complementa al masculino, sino que se presenta como un plus, algo más, (encore), suplementario, que hace naufragar todos los intentos de restringirlo y de localizarlo” (pág. 150). Por lo tanto, posee efectos en la subjetividad, de modo representativo en los síntomas los cuales producen varias veces efectos inhibidores, angustiantes, estimulantes, que caen en el campo de lo enigmático del saber inconsciente (Braunstein, 2006).

Ahora bien, Lacan (1969-70/2013) declara que “lo que la histérica quiere, en el límite que se sepa es que el lenguaje no alcanza a dar amplitud de lo que ella, como mujer, puede desplegar con respecto al goce” (pág. 35). Es decir, hay algo que escapa al discurso, que no pueden dar cuenta sino quienes se ubiquen en la lógica del no-todo. Es importante subrayar que existe una analogía entre la histeria y la mujer, ya que la histeria se pregunta ¿Qué es ser una mujer?

Lacan (1972-73/1998) explica que la histérica hace de hombre y por lo tanto se la considera *hommosexuelle*, y es desde esta identificación viril como interroga al Otro sexo, preguntándose acerca de la feminidad, acerca de lo que es ser una mujer en tanto constituye el objeto de deseo para el hombre; la posición de identificación viril no imposibilita que sea Otra para ella, pues esta es su posición esencial (Tendlarz, 2006).

Se infiere entonces que la identificación viril, sitúa a la histeria del lado izquierdo de las fórmulas de la sexuación, no obstante “desde su posición femenina, si accede a ella, “algunas” mujeres lo hacen, establece un nexo posible con el Otro que ella encarna y con un goce más allá del falo” (Tendlarz, 2006, pág. 1). Lo que implica que a pesar de que la histeria se ubique del lado masculino, tiene un vínculo sustancial con el Otro, con el goce de las Otras (algunas histerias), a pesar de sostenerse en el goce fálico (Lacan, 1972-73/1998).

Por consiguiente, algunas histerias que han sido llamadas locuras histéricas, experimentan el goce del cual Lacan afirma las mujeres no saben nada; este “goce no necesario pero de cuya existencia –o mejor dicho, del consentimiento que una mujer pueda hacer a su existencia, aunque no pueda nombrarlo– dependerá el modo en que viva su feminidad” (Vallejo, 2014, pág. 88). En consecuencia, el goce femenino, se encuentra vinculado en la manera en cómo una mujer se posiciona ante el ser mujer y de cómo vive su elección de mujer.

De los casos clínicos escritos por Freud, es posible afirmar que “se han reconocido histerias en las que, además de esos fenómenos clásicos, se presentan delirios y alucinaciones. Justamente en este contexto aparece la categoría de “locura histérica”. Ella surge para abordar este tipo de casos, para los cuales Freud no dudó en emplear, en alguna oportunidad, la calificación de psicosis histéricas” (Muñoz P. , 2010).

Vallejo (2014) afirma que el lugar del Otro, puede producir en la histeria un tipo de locura en el que el límite fálico queda obstruido, a pesar de que preexista. El Otro goce puede verse implicado en las experiencias sin detención que testimonia una histérica “en tanto se vuelve Otra para sí misma sin mediación alguna, pudiendo adentrarse en una zona de extravío, sin límite ni nombre que la detenga, una zona donde queda tomada por ese Otro goce, por haber perdido su punto de apoyo en el falo” (Vallejo, 2014, pág. 90).

Etimológicamente el término de locura alude a perder el *locus*, es decir, el lugar (Muñoz, 2011), ya que la mujer a parte de dirigirse al falo puede tropezar con el S(A) como por lógica del no-todo: Lacan escribe que “ella es por cierto la que, de esta figura del Otro, nos brinda la ilustración a nuestro alcance, por estar, según lo escribió un poeta, entre centro y ausencia” (Lacan, 1971-72/2012, pág. 118).

La locura entonces es efecto del desprendimiento del falo, en tanto este presenta al significante de la falta, en consecuencia, lo que deja a la histeria en un extremo lejano del

sentido y por lo tanto fuera de cualquier hecho del lenguaje, dejándola así a merced del goce femenino, goce sin límite que empuja al sujeto hacia el significante que no existe *La mujer*. (Vallejo, 2014). Maleval, expresa que “el Padre de la Horda, como La mujer, constituyen figuras adecuadas para representar a seres cuyo goce, como el del psicótico, no está sometido a la interdicción fálica” (Maleval, 2002, pág. 308).

Dicho de otra manera, el goce femenino se aparta de la regulación fálica, lo que posibilita la aproximación a “un goce sin medida que la hace no-toda tomada por La ley del Padre, lo cual implica multiplicidad, inventiva y apertura. Lacan, en el *Seminario 17*, habla del goce de la mujer como informado, sin forma (1992: 172)” (Kruger, 2014, pág. 29).

Se establece entonces, que la locura histérica ha sido atravesada por la metáfora paterna, sin embargo, *no-toda es* dentro de esta estructura, pues posee otra manera de gozar, una manera que no presenta un contorno, una manera de la cual no experimentan todas las histéricas (Kruger, 2014). De ahí el fundamento de la locura histérica.

Lacan (1969-70/2013) establece que “el goce de la mujer se apoya en un suplir ese no-toda. Para ese goce de ser no-toda, es decir que la hace en alguna parte ausente de sí misma, ausente en tanto sujeto” (pág. 47). El delirio se muestra como efecto del goce femenino que provoca el desfallecimiento de las palabras haciendo un límite a “lo ilimitado de su goce, que desde su no-toda comporta un carácter absoluto y una tendencia al infinito” (Tendlarz, 2013, pág. 147).

Vallejo expresa “Dice Lacan que del lado del no-todo, lo que viene al lugar de la inexistencia de lo que negaría la función fálica es el hecho que tiene una mujer de ausentarse (2012: 202)” (Vallejo, 2014, pág. 93). Evidentemente este lapso de ausentamiento resulta ser momentáneo, pues la locura histérica se encuentra atravesada por el significante del Nombre-del-Padre y, por consiguiente, el significante fálico es la barrera que aloja al goce fálico e impide que la histérica sea devorada por el deseo de la madre y el delirio tenga un propósito diferente al de la psicosis (Lacan, 1957-58/1999).

Como dice Braunstein (2006) acerca del goce femenino “se trata de un más allá cuyo lema es encore y ese que es el derecho de ese revés que es la locura o el revés de ese derecho a la locura” (Braunstein, 2006, pág. 157).

...acerca de la locura...

Como se estableció en el inicio de este capítulo es posible evidenciar a la histeria desde el siglo XVII en las epidemias de posesión que se prolongaron desde la inquisición hasta la época moderna. Es en el año de 1563 en el que la psiquiatría empieza a cuestionar la posibilidad de “enfermedades mentales” en las entonces conocidas poseídas y brujas (Mazzuca, 2012).

Sin embargo, es un siglo más tarde que se establece el diagnóstico de histeria para varios de estos padecimientos, no obstante, la difusión y aceptación de este diagnóstico fue tardía, por lo que se necesitó de varios años más para su constitución. En consecuencia, las “posesiones”, los “delitos” y “brujerías” fueron asignados al tratamiento del campo psicopatológico (Mazzuca, 2012).

Las víctimas de la Inquisición y sus archivos fueron investigadas por Charcot como historias clínicas, lo que le permitió dar cuenta objetivamente de los síntomas histéricos y establecer que realmente varios de los “estados de posesión” suponían casos de histeria, pero con una forma delirante. (Mazzuca, 2012)

En lo que concierne al psicoanálisis, es posible reconocer que varios de los primeros casos expuestos en *Estudios sobre la histeria* presentaban “diferentes clases de alucinaciones, delirios, además de estados de desdoblamiento de la personalidad característicos en estos sujetos” (Mazzuca, 2012, pág. 101).

Maleval, (1996) expone que Freud hablaba de delirio histérico todavía en 1907 pero en el año de 1911 desalojó a los delirios y alucinaciones de la histeria. Uno de los casos más representativos es el de Emmy von N, quien presentaba un delirio que duraba gran parte de sus días y este operaba como parte de conversaciones cotidianas, sin embargo, esta paciente no recordaba lo dicho; debido a su contenido onírico, Breuer lo denomina “delirium histérico” (Maleval, 1996).

Con la finalidad de abarcar estos síntomas en un diagnóstico, a finales del siglo XIX se constituye el término de “*locura histérica*” caracterizada por “poliformismo de las manifestaciones delirantes, riqueza de alucinaciones, delirio onírico análogo al delirio tóxico y posibilidad de tratamiento mediante hipnosis” (Mazzuca, 2012, pág. 101). Sin embargo, esta entidad declina como rechazo de la psiquiatría en Francia y la introducción de la noción de esquizofrenia en el año de 1919 (Maleval, 1996).

Uno de los principales exponentes de la llamada locura histérica, es el psicoanalista Jean Claude Maleval quien ha trabajado en torno al delirio tanto de la psicosis como el de la locura histérica. Como resultado de su trabajo establece que el mantenimiento de la confusión entre delirio de la psicosis e histerias permitirá encarar un tratamiento adecuado para ambas posiciones (Maleval, 1996). Adicionalmente, distintos autores han denominado a esta histeria como estados locos íntimos, episodios psicóticos, aparición de fenómenos psicóticos en la neurosis, histerias enloquecidas, etc (Muñoz P. , 2010).

Ahora bien, Maleval, afirma que la locura histérica revela un saber que permite comprender algo de las manifestaciones del inconsciente. Resulta posible el admitir que las locuras histéricas presentan “la desaparición de todo límite lo que provoca la angustia “loca”” (Maleval, 1996, pág. 22), debido a la presencia del objeto, en consecuencia, el sujeto se siente colmado, le falta la falta, desfallece su deseo como insatisfecho, en consecuencia, florecen síntomas como la alucinación o el delirio (Maleval, 1998).

Por consiguiente, la violencia de la transferencia, las tendencias de *acting out* resultan ser efecto de la angustia que presentan y por tanto indicios de que se trate de una “gran histeria” ya que la estructura del lenguaje se encuentra plasmada en su discurso, discurso que da cuenta de la presencia de significantes y por tanto un saber y manifestaciones del inconsciente. Entonces, la significación fálica se encuentra evidentemente presente en la locura (Maleval, 1996).

Maleval, reúne ciertas manifestaciones del inconsciente reconocibles en el delirio, como por ejemplo fantasmas de fragmentación del cuerpo, sueños edípicos, culpabilizaciones, satisfacciones narcisistas, fantasmas de prostitución, fantasmas de violación por el padre y la disociación de sus manifestaciones; éstas resultan ser manifestaciones que expresan la significación fálica y por tanto la riqueza de metáforas, con extraordinaria presencia de neologismos (Maleval, 1996).

Las presencias de estas manifestaciones son esencialmente superficiales y temporales que resultan ser “momentos de desencadenamientos en las neurosis que toman formas de locura” (Mazzuca, 2012, pág. 279), comprendiendo que locura, alude a perder el lugar en tanto que la histeria tiene la facultad de habitar un lugar Otro no atravesado por la castración (Muñoz P. , 2010).

2.2.4 Delirio e histeria

El término de *delirio histérico* tiene origen posterior al de locura histérica. En el año 1881 Laséngue publicó el artículo “Le délire alcoolique n'est pas un délire, mais un rêve”, trabajo que alude al delirio neurótico; no obstante, es sobre todo en el siglo XX en el que empieza a desplegarse varios estudios sobre el delirio en la histeria. Varios de dichos trabajos concluían que el delirio histérico es análogo al delirio onírico, el cual es similar al sonambulismo y lo describen como “un estado segundo, sensible a la influencia de la hipnosis” (Maleval, 1996, pág. 38).

Ahora bien, en lo que concierne al psicoanálisis “de la pluma del fundador del psicoanálisis surgen algunos significantes privilegiados del delirio histérico; los demonios, los espíritus, los espectros, etc” (Maleval, 1996, pág. 44). Se debe agregar que Freud en su idioma de origen, es decir, el alemán, diferencia el delirio de la paranoia y el de la neurosis, diferencia que se encuentra suprimida en las traducciones francesas y como consecuencia el *delirium* y *wahn* son atribuidos únicamente a la paranoia (Maleval, 1998).

Es así como Maleval prefiere referirse al delirio de la histeria como *delirium* y aclara que “un delirio histérico no está regido por los mismos mecanismos que un delirio psicótico” (Maleval, 1996, pág. 17); puesto que a diferencia de la psicosis es posible el admitir que en el acto que concierne a la palabra, en el acto del intercambio es posible el revelar “los efectos de la combinatoria pura y simple del significante” (Maleval, 1996, pág. 18). En consecuencia, la significación fálica se encuentra presente a diferencia de la psicosis.

Entonces, las metáforas son reconocidas en el despliegue del discurso del sujeto, es por esta razón que situaciones experimentadas por el sujeto pueden poseer sentido en relación con el desencadenamiento y los temas del delirio por lo que “el discurso de los grandes histéricos suele dejarse descifrar sin dificultades importantes” (Maleval, 1996, pág. 24). Entonces, el sujeto a pesar de presentar un delirio es efecto de la cadena significativa a diferencia de las psicosis.

Maleval (1998) explica que las ideas dominantes, mantienen un carácter de suposición, es decir el sujeto toma como verdadero el delirio, por lo que tomaría un carácter de pesadilla en vigilia; usualmente las ideas dominantes se convierten en rituales invasores que resultan ser temporales, es a “causa de estos rasgos, el *delirium* neurótico se asemeja a una pesadilla diurna” (Maleval, 1998, pág. 72).

Se reconoce que el delirio del neurótico tiene como desencadenante la falta de la falta, es decir la presencia del objeto en relación a la angustia; por lo que el objeto α se encuadra en el agujero de lo simbólico y “el objeto real puede surgir con máscaras de espanto” (Maleval, 1998, pág. 72). Usualmente las manifestaciones del objeto α suelen estar ligadas a la significación fálica (Maleval, 1998).

Resulta necesario el afirmar que el delirio histérico puede presentar neologismos, neologismos que son considerados como pasivos, es decir que conservan las características de la glosolalia de modo que resultan ser “enunciados desprovistos de sentido pero estructurados fonológicamente que el sujeto crea que sean una lengua real, pero que no posee ninguna semejanza semántica con una lengua materna cualquiera, viva o muerta” (Maleval, 1998, pág. 79), eso quiere decir que el delirio histérico conserva la estructura sintáctica.

Dicho lo anterior, Maleval (1998) establece que al sujeto histérico le resulta imposible repetir estos enunciados ya que no constituyen un esfuerzo de estabilización a diferencia de la psicosis (Maleval, 1998). Por esta razón, la dimensión de la metáfora del delirio persiste. Resulta usual la presencia de la estructura de pesadilla y ciertas ilusiones que tienen el objetivo de surgir significantes reprimidos, por lo tanto “la dimensión metafórica del contenido de las perturbaciones psíquicas, reveladas por el propio paciente, rubrica la estructura del delirium” (Maleval, 1998, pág. 91)

Es indispensable el recalcar que el delirio no consiste únicamente en dar cuenta de la riqueza de metáforas, da cuenta además de una “vacilación del fantasma suscitada por un retorno de lo reprimido” (Maleval, 1998, pág. 91), así que surgen significantes reprimidos. Maleval explica cuando el sujeto se ve enfrentado a una vacilación angustiante que da lugar a la presencia del delirio debido a que el sujeto se tropieza con el goce enigmático, con el Goce del Otro (Maleval, 1998).

Por lo tanto el delirio y la pesadilla son diferentes y a la vez análogos en la medida en que el goce ha franqueado una barrera, en consecuencia, la vacilación del fantasma, la ausencia de la “*falta grave*” en el neurótico permiten que “se impongan en la realidad las figuras más extremas de la angustia: hombres lobos, íncubos, súcubos, vampiros, diablos, trasgos, dijinns, fantasmas y demonios; y de manera más reciente, las maquinas o seres influyentes como robots, extraterrestres y hasta creaciones propias privadas” (Maleval, 1998, pág. 93).

El delirio histérico tiene cabida como efecto de la omisión de la falta, de la amenaza de ausencia de insatisfacción de su deseo, es por esta razón que el delirio conduce al sujeto a quejarse de su aparición, entonces la locura histérica “no se aferra al delirio como a sí mismo” (Maleval, 1998, pág. 111).

La estructura del fantasma $\$ \diamond \alpha$ indica la existencia para el sujeto dividido, metáfora de la función significante, de un vínculo constante con el objeto causa de deseo; no obstante éste “nunca queda más al desnudo que cuando vacila: cuando el objeto real afirma su presencia en exceso, el sujeto aparece en el fading” (Maleval, 1998, pág. 94). Se entiende entonces que el fading del sujeto se revela en torno a la angustia, la ausencia de la falta pues el objeto de angustia no está encarnado por una imagen sino por un ser próximo (Maleval, 1998).

CAPÍTULO III

3. DISTINCION DEL DELIRIO: PARANOIA E HISTERIA

Sintetizando por lo escrito en los dos capítulos anteriores se puede constatar que el delirio es un fenómeno que se presenta tanto en la paranoia como en la locura histérica, no obstante, el saber médico durante siglos ha atribuido el delirio exclusivamente a las psicosis. En contraste, la historia de la psiquiatría e incluso el psicoanálisis, revelan ciertas posturas que indican la presencia de delirios en la llamada locura histérica. Adicionalmente, el estudio de la hipótesis del inconsciente ha reconocido de igual forma el devenir de alucinaciones y delirios en algunas histerias.

3.1 Diferencias: Paranoia e histeria

Recapitulando, es Freud (1925/2010) quien traza un recorrido extenso en torno a las psicosis, camino en el que en un principio encadena a las psicosis con la histeria y neurosis obsesiva al establecerlas como efecto de la defensa contra una representación insostenible, así, las denomina *Neuropsychosis de defensa*; sostiene entonces que la histeria y psicosis ambas son efecto de la de *Verdrängung*, es decir la represión. Por consiguiente, los síntomas de la histeria y paranoia son determinados por una representación que ha sido reprimida (Freud, 1925/2010)

Ulteriormente Freud (1896/2010) da cuenta de que los procesos inconscientes de la histeria son distintos a los de la psicosis y su seguida elaboración muestra su intento por diferenciarlas, establece así divergencias entre las neurosis de transferencias y narcisista.

De esta manera, Freud (1895/2006) especifica que la psicosis procede debido a la represión de un reproche interno que ha devenido exterior por lo que se juega la proyección -Freud realmente menciona que consiste en un abuso de la proyección- a diferencia de la histeria donde evidentemente se reprime una representación inconciliable que puede presentar un mecanismo de proyección, sin embargo, no tan presente como en la psicosis (Freud, 1895/2006).

Se debe agregar, que Freud (1914/2008) en un momento de su elaboración, sostiene que las psicosis se originarían debido a la libido que convertida en narcisista queda replegada al yo he imposibilita catectizar otros objetos, pues es el sujeto quien ha sido tomado por sí mismo como objeto, esto provoca que el sujeto renuncie al interés por el exterior y por vínculos afectivos, por lo que la transferencia resulta insostenible en las psicosis. Por lo contrario, la histeria que tiene la facultad, como una neurosis, de dirigir su libido a otros objetos exteriores o incluso fantasías inconscientes. Por esta razón la histeria es sujeta a la transferencia (Freud, 1896/2010). Entonces, la fijación en el narcisismo no se presentaría en la histeria para Freud.

Se reconoce de esta manera que la paranoia experimenta un conflicto psíquico entre el mundo exterior y el yo, de ahí la imposibilidad por dirigir la libido a otros objetos, aspecto que da cuenta de la ruptura con la realidad, por consiguiente, Freud (1924/2008) formula al delirio como un intento de reparar la realidad, de ahí que el sujeto se aferre al delirio. Por otro lado, la histeria retira su interés por el mundo exterior lo que resulta una *huida* de lo exterior y, por lo tanto, no existe ningún intento de resarcir la realidad (Freud, 1924/2008).

De manera que Freud (1924/2008) precisa que la huida de realidad presente en la histeria y sus síntomas poseen relación con una vivencia que resulta intolerable para el sujeto y especialmente a fantasías inconscientes relacionadas con el Edipo por lo que en la histeria resulta primordial comprender la realidad psíquica antes que el material (experiencias traumáticas). En cuanto a las psicosis, Freud, por el contrario, manifiesta específicamente en la paranoia invariablemente la presencia de una fantasía de deseo homosexual, en la que el delirio posee una función de defensa que le posibilita justificar al sujeto el sentimiento de amor por el de odio ante el perseguidor, vía proyección (Freud, 1911[1910]/2006).

Freud (1905 [1901]/2000) menciona en la histeria una identificación con una mujer, como Dora, quien se identifica con la Sra. K, con la finalidad de responder a sus preguntas sobre la femineidad, sobre el ¿Qué es una mujer?, para intentar responder a través del otro sus malestares, sosteniendo su deseo como insatisfecho y por lo tanto su vivenciar. Todo lo contrario se produce en la psicosis ya que se presenta un impulso por convertirse en mujer, entonces la femineidad es inaceptable a menos que su inscripción sea absoluta, por ejemplo, como Schreber, en relación a ser la mujer de Dios; cuestión que indica que la castración no ha tenido lugar en el psicótico (Freud, 1911[1910]/2006).

En contraste con la *Verdrängung* en la histeria que compromete los síntomas de conversión, da cuenta del cumplimiento de deseos inconcientes y su deseo insatisfecho. La histeria entonces ha sido atravesada por el complejo de Edipo y castración, es así como se permite inteligir la aceptación irremisible de la madre y una demanda planteada hacia el padre, el devenir de la envidia del pene y la pretensión de obtenerlo bajo la ecuación falo=hijo (Braunstein, 2006).

De ahí que “lo que cae bajo la acción de la represión retorna, pues la represión y el retorno de lo reprimido no son sino el derecho y el revés de una misma cosa. Lo reprimido siempre está ahí, y se expresa de un modo perfectamente articulado en los síntomas y en la multitud de otros fenómenos. En cambio, la *Verwerfung* tiene un destino totalmente diferente” (Lacan, 1955-56/1998, pág. 24).

Evidentemente, lo dicho hasta aquí permite establecer la inexistencia de la castración, este quizá sea planteamiento más trascendental de Freud sobre las psicosis, cuestión que delimita el caso Schreber; la castración no existiría debido a una defensa más eficaz que la represión, es decir la *Verwerfung* que da cuenta que lo abolido dentro vuelve desde afuera y originaria las psicosis. El delirio entonces sería efecto de la *Verwerfung* (Freud, 1911[1910]/2006).

Lacan en su retorno a Freud, extiende el trabajo de Freud sobre la *Verwerfung*, término que expresa abolición; Lacan asegura que la *Verwerfung* da cuenta de la imposibilidad del acceso al orden de lo simbólico y todo lo que ha sido rehusado en el orden de lo simbólico retorna desde lo real (Lacan, 1955-56/1998).

Es así como Lacan (1955-56/1998) propone el término de *forclusión* con la finalidad de ilustrar que las psicosis son efecto de la inexistencia de la inscripción del significante del Nombre-del-Padre. Se entiende entonces, que la estructura del Edipo, la castración y por lo tanto la ley del lenguaje no tienen lugar en la psicosis.

Lo mencionado da cuenta que el significante del Nombre-del-Padre no sustituye al significante del Deseo de la madre, por lo que las psicosis quedan atrapadas por el deseo materno y en consecuencia no desean ya que la significación fálica no ha sido instaurada para proteger al sujeto de las fauces maternas (Lacan, 1955-56/1998).

La ley del lenguaje no constituye una función simbólica, no representa la interdicción del incesto para el sujeto ni para el Otro primordial, en consecuencia, la castración simbólica no consagra al sujeto. De esta

manera, el sujeto no es atravesado por la falta y por lo tanto se encuentra impedido de desear, no se encuentra barrado por la falta (Lacan, 1955-56/1998).

Es así como Lacan expresa que lo forcluido en lo simbólico retorna en lo real, la metáfora paterna es entonces la que retorna bajo voces en la paranoia debido a que no se pudo concederle una significación. Se infiere por lo dicho que las psicosis son efecto del fracaso de la metáfora paterna pues la madre ni el sujeto se encuentran tachados por la falta, de ahí que el objeto α no cae e impide su sostén como causa de deseo para el sujeto (Lacan, 1955-56/1998).

En contraste con lo anterior, la locura histérica, evidentemente da cuenta del orden de lo simbólico y de un sujeto tachado, en consecuencia, el advenir de las formaciones del inconsciente se encuentran presentes en la histeria; los lapsus, los actos fallidos, los síntomas, los sueños, etc. revelan que el sujeto no es sino una metáfora de la función signifiante (Lacan, 1957-58/1999).

Por consiguiente, la locura histérica “no se encuentra en presencia del vacío de la forclusión del Nombre-del-Padre, lo que la llevaría a tratar de colmar el abismo, sino que a, la inversa, se encuentra de pronto lo pleno, lo colmado, la perfección” (Maleval, 1996, pág. 23)

En definitiva, la locura histérica se juega en la lógica del signifiante pues ha sido atravesada por las redes de la misma función, lo que posibilita que el sujeto de la enunciación se efectúe a partir del desliz en la cadena signifiante, allí, en el equívoco, donde la locura dice no saber lo que le ocurre, manifestando el malestar de sus síntomas y su deseo como insatisfecho (Maleval, 1996).

En este sentido, la locura histérica se ve jugada en el escenario de la castración y el Edipo a diferencia de lo establecido en las psicosis, por lo tanto, la metáfora paterna se afianza; la sustitución del deseo de la madre por el signifiante del Nombre-del-Padre se ha establecido. Así, la ley de simbolización, la ley del Padre le concede al sujeto el poder desear (Lacan, 1957-58/1999).

La castración ha tenido lugar en la locura histérica y como resultado la Ley del lenguaje, no obstante, la histeria reniega la castración, ya que “al histérico es precisamente el sujeto al que le resulta difícil establecer la constitución del Otro como portador del signo hablado, que le permita conservar su lugar de sujeto” (Lacan, 1957-58/1999, pág. 372).

De ahí que se infiera que se presente cierta dificultad para simbolizar el significante de la falta, el cual da paso a que el sujeto pueda desear.

Ahora bien, como se ha establecido previamente, en el acápite de las fórmulas de la sexuación, el falo es el significante que vectoriza el deseo dando lugar a la función fálica, el sujeto se ve entonces enfrentado por consiguiente a la castración. De esta manera, el lado femenino se ve enfrentado a una falta debido a la no posesión del falo (Tendlarz, 2013).

En los matemas, es posible admitir que el sujeto femenino se juega en la lógica del no-todo, debido a que la función fálica en su lado está sujeto al *cuantor* negativo por lo tanto “será el no-todo, en tanto puede elegir o no estar en ϕx ” (Lacan, 1998, pág. 97). En consecuencia, la mujer tiene acceso a un goce más allá del fálico llamado Goce Otro.

Se infiere entonces que La mujer, que no existe, pues no posee un significante que cuenta del de la existencia de conjunto universo, es no-toda en el goce fálico, de ahí los vectores que se dirigen al ϕ y al $S(A)$; busca entonces el falo del lado masculino o se topa con el goce suplementario, con el goce infinito, no atravesado por la castración, el goce Otro (Tendlarz, 2013).

Conviene subrayar que la mujer efectivamente da cuenta del goce fálico, conserva una relación con el falo, pero resulta esta relación ser no-toda como resultado, puede transigir al goce Otro que muestra un orden de lo infinito, todo lo contrario, en el sujeto masculino quien da cuenta netamente del goce fálico (Lacan, 1972-73/1998).

Entonces, los sujetos que se ubican en el lado femenino tropiezan con un corte no-todo que remite al significante de la falta del Otro y que abre un más allá, es por esta razón que la mujer se encuentra estrechamente vinculada con el tesoro de significantes (Lacan, 1972-73/1998).

El goce Otro, permite develar su ubicación más allá del lenguaje; goce que igualmente devela un lugar no habitado por la castración. Así, se vincula a éste, con un saber inconsciente puesto que este goce se mantiene fuera de la palabra, por lo tanto, no se encuentra recubierto por el orden de lo simbólico, ni por el acto de la palabra (Braunstein, 2006).

Ahora bien, Lacan (1969-70/2013) menciona “lo que la histérica quiere, en el límite que se sepa es que el lenguaje no alcanza a dar amplitud de lo que ella, como mujer, puede desplegar con respecto al goce” (pág. 35). Entonces, la histeria a pesar de posicionarse en

el lado izquierda de las fórmulas, por su identificación viril, no se ve imposibilitada de perder su nexo con el Otro por lo tanto no pierde el acceso al goce Otro, más allá del falo.

Resulta ser inefable, infinito, enigmático, de ahí que Lacan mencione que la mujer nada sabe de éste a no ser que lo sienta. Braunstein explica que el goce Otro, posee relación con síntomas angustiantes y estimulantes que caen en lo enigmático del saber inconsciente como el delirio y la alucinación en la histeria (Braunstein, 2006).

El goce infinito prestaría un pase para que la histeria experimente fenómenos asociados a la locura. Así el goce $S(A)$ se vería comprometido en las experiencias sin freno que presencian algunas histerias, dando paso a que el sujeto dé testimonio de ningún tipo de límite, se extravíe y sea tragado por un goce infinito, como efecto de que haya perdido su sostén en el falo y por lo tanto en la lógica del no-todo (Braunstein, 2006).

De ahí que, la locura etimológicamente de cuenta de perder el *locus*, bajo el lugar que esta no-todo atravesado por la castración, pues el goce Otro aparta a la histeria de la regulación fálica y por lo tanto se la considere como no-toda tomada por la Ley del Padre, permitiendo así, que el acceso al $S(A)$ la presente como ausente de sí misma. Fenómenos como el delirio y la alucinación serían entonces considerados como intento de poner marco al goce infinitivo y su tendencia a lo absoluto (Vallejo, 2014).

Ahora bien, a diferencia de la locura histérica, en las psicosis la metáfora paterna no inscribe su función, las psicosis se ven desprovistas de una barrera ante el *goce del Otro* por la imposibilidad de estabilizar la función fálica. El sujeto psicótico se ve entonces expuesto a un goce que no se encuentra regulado por el significante y por lo tanto por la castración (Braunstein, 2006). Se habla de esta manera de un goce deslocalizado en las psicosis al quedar fuera de lo simbólico. En otras palabras, el Otro para el sujeto es un Otro sin tachadura, absoluto y supremo que lo inscribe como objeto de goce al verse sujeto al Deseo de la madre (Braunstein, 2006).

Por esta razón, el psicótico tiene que vérselas con un Otro que pretende gozar de su cuerpo, un Otro que le habla y es devastador, en consecuencia, encarnan personajes que lo persiguen y atormentan en su delirio como una certeza, así queda sorteado como puro objeto (Landman, 2013).

Al mismo tiempo, el goce del Otro se encuentra vinculado con lo que Lacan (1958/2003) reconoce como el empuje del psicótico a La mujer puesto que se presencia en las psicosis un impulso de convertirse en mujeres absolutas y por tanto en convertirse en la

encarnación de un goce que infinito que domina al sujeto. De manera análoga, el impuso a La mujer constituye una protección frente el Otro. (Maleval, 2002)

La mujer, es una figura que no está sometida a la interacción fálica, por lo que se infiere que este empuje tiene cabida debido que para el sujeto psicótico lo real no se sostiene como imposible. (Maleval, 2002)

Ahora bien, el delirio en la histeria no deviene como efecto de la forclusión del nombre del padre pues como se ha establecido, la locura histérica se encuentra penetrada por las leyes de lo simbólico a pesar de que tenga acceso a un goce que no esté determinado por el orden de lo simbólico, esto da cuenta entonces que ya el significante fálico aloja de alguna manera al goce Φ impidiendo que la locura histérica sea tomada por el goce materno.

3.2 Distinción del delirio: histeria y paranoia

Ahora bien, con respecto al delirio Freud lo concibe como efecto de un mecanismo más eficaz que la represión (*Verwerfung*), en consecuencia, expresa que el delirio es un síntoma producto del retorno del reprimido, las imágenes del recuerdo retornan trasfiguradas y suplen a las imágenes actuales del sujeto. (Freud, 1895/2006)

Freud (1911[1910]/2006) especifica un alcance del paranoico con lo femenino por lo que expresa que el delirio erige una manera de defensa contra las mencionadas fantasías homosexuales. En consonancia con la retracción de la libido al yo y la imposibilidad de dirigir la libido a objetos exteriores, el delirio surge como una tentativa de curación, un intento de restablecimiento y reconstrucción del mundo exterior que pretende dirigir la libido al mundo externo. El delirio entonces posee una función, un fundamento de reparación y compensación de la realidad, dando así lugar a que lo abolido dentro retorne desde afuera (Freud, 1911[1910]/2006).

En contraste con las psicosis, los síntomas de la histeria no presentan un carácter de compensación o de reconstrucción; realmente son fruto de la *Verdrängung* que revelan ser una metáfora, un decir de lo no dicho, por consiguiente, el síntoma declara un sentido relacionado con una experiencia traumática, el cumplimiento de una fantasía, es decir, la

fantasía como expresión de un deseo inconsciente, etc. Se entiende por lo tanto que el síntoma de resulta ser una formación del inconsciente (Freud, 1896/2010).

Sintetizando, el cuerpo de la histeria habla y no reconstruye la realidad, pues si bien el nexo con la realidad puede llegar a tambalear, resulta ésta ser una huida por parte del sujeto que es reflejo de la represión (Freud, 1924/2008).

Simultáneamente, el delirio histérico se presenta como un síntoma y una huida de la realidad, para Freud, que devela un sentido; es comparado con un sueño y con un sonambulismo artificial que esta “determinado por una limitación de conciencia, una compulsión a asociar similar a la del sueño, alucinaciones e ilusiones” (Palau, 2015, pág. 3). Freud en sus primeros casos explica que el delirio histérico opera como partes de conversaciones del sujeto que no pueden ser recordados por el sujeto (Palau, 2015).

Se debe agregar que Maleval (1996) es quien expresa la posibilidad de presencia de un delirio que no se encuentre asociado a la forclusión del Nombre-del-Padre y que dé cuenta de las leyes que se encuentran presentes en el inconsciente, en consecuencia, que puedan revelar una metáfora vinculada con un saber insabido. De esta manera, la locura histérica revela la presencia de delirios, alucinaciones, fragmentación del cuerpo, fantasmas culpabilizadores, etc (Maleval, 1996).

Resulta entonces posible reconocer en el discurso de las locuras histéricas que el delirio está sujeto al intercambio, al acto de la palabra y a la existencia de metáforas, que permiten dilucidar el registro de lo simbólico, que no hace más que dar cuenta de la función fálica y por tanto del significante (Maleval, 1996). Las manifestaciones del delirio suelen ser temporales, son momentos desencadenantes en la histeria (Mazzuca, 2012).

La paranoia por el contrario devela la forclusión de lo simbólico, por esta razón lo que ha sido forcluido en lo simbólico retorna en lo real, el delirio es entonces efecto de la no instauración el significante del Nombre-del-Padre (Maleval, 2002). El delirio manifiesta por lo tanto un intento de resarcimiento, una tentativa de curación de lo forcluido. Se contempla la limitación del Otro, el tesoro de significantes, por lo que se establece una sustitución de lo simbólico por lo imaginario (Lacan, 1955-56/1998).

Es por esto, que Lacan (1975-76/2005) expone el nudo de trébol para dar cuenta de que los 3 registros, lo real, lo imaginario, y lo simbólico se hallan en una continuidad debido a la equiparación del S con α ; de esta manera el objeto α no posee movimiento metafórico y por lo tanto no existe su caída, de ahí la continuidad que expone. (Czermak, 1987).

En cuanto al delirio histérico, Maleval (1998) afirma que éste toma forma de ideas dominantes por lo que tienden a tomar un carácter de rituales; adicionalmente, no tienen condición de certeza si no por el contrario de suposición. Por otro lado, es posible distinguir la presencia de glosolalias, es decir de enunciados que conservan algún tipo de estructura fonológica y sintáctica y, por lo tanto, el sujeto supone tienen un significado en una lengua real. Éstos, resultan imposibles de volver a ser repetirlos, pues son enunciados manifestados usualmente en una ocasión (Maleval, 1998).

En las psicosis, por el contrario, el delirio se encuentra cerrado de cualquier composición dialéctica, por lo cual, los enunciados del delirio se repiten reiteradamente en la paranoia y no presentan cambios relativos. Lacan (1955-56/1998) menciona que el sujeto manifiesta el delirio siempre con el mismo signo interrogativo ya que constituyen un esfuerzo de estabilización para el sujeto. Las ideas dominantes que prevalecen en la locura histérica no se hacen presentes en la psicosis, ya que el delirio paranoico constituye una certeza para el sujeto. (Maleval, 1998).

En lo que concierne a los neologismos, éstos son representativos en la psicosis, ciertas palabras caen bajo el estatuto de signo, debido a la ruptura con la función significante y en consecuencia, constituyen una tentativa de curación que pretende apalea el goce del Otro; entonces la presencia de glosolalias es nula (Maleval, 1998).

Las certezas del sujeto paranoico muestran como no está en juego la realidad, su delirio así resulta ser radical e inalterable, el sujeto se ve sujeto a una realidad cada vez más irreal (Lacan, 1955-56/1998); las divergencias son evidentes, ya que el delirio de la histeria resulta ser una suposición para el sujeto (Maleval, 1998).

Maleval (1998) expresa que, en el delirio histérico, es posible admitir la riqueza de metáforas, la angustia, y lo que denomina como vacilación del fantasma vinculado al retorno de lo reprimido. En consecuencia, la locura histérica tropieza y se ve enfrentada con el goce enigmático, con el Goce femenino. De esta manera, el goce ha franqueado una frontera, es decir la función la fálica, por consiguiente, se efectúa la vacilación del fantasma y así, tiene lugar la angustia, una *angustia grave*, que no hace más que manifestar de la ausencia de la falta (Maleval, 1998).

Se infiere entonces que el deseo se muestra comprometido, la insatisfacción no tiene cabida. La vacilación del fantasma da cuenta del objeto α encarnado en lo real que revela su presencia en plenitud, impidiendo así el vínculo con el objeto causa de deseo al

encuadrarse en el agujero de lo simbólico. Por lo tanto, la fórmula del fantasma se disuelve en el delirio histérico (Maleval, 1998).

A diferencia de la locura histérica, el delirio paranoico no se sostiene en el acto de la palabra, pues presenta una afectación del registro de lo simbólico, la posibilidad metaforizar ha sido abolida, no obstante, la construcción del sistema delirante se encuentra registrado en el discurso del sujeto. (Lacan, 1955-56/1998). El paranoico no desea, pues su deseo no ha sido simbolizado, en consecuencia, el delirio supone un mecanismo de estabilización, una función que apacigua al sujeto de lo que retorna en lo real, es un trabajo de la construcción delirante, denominada metáfora delirante que permite mitigar el Goce devorador a falta de la significación fálica (Maleval, 2002).

Como resultado el sujeto paranoico se aferra a su delirio como a sí mismo, pues el delirio cumple una función apaciguadora, lo contrario sucede en la locura histérica ya que el sujeto se queja de su aparición y espera por su disolución que ha sido efecto de la angustia y la vacilación del fantasma (Maleval, 1998).

Por lo mencionado, es posible el admitir que el delirio histérico no constituye una manera de apaciguar al sujeto o una tentativa de curación, no presenta neologismos y fundamentalmente no experimenta la posición de emergencia de La mujer puesto que el goce fálico lo impide, ya que como explica Maleval (1998) “el goce el neurótico permanece correlativo de la función fálica” (pág. 82), a pesar de que la histeria tenga acceso al goce femenino, el cual no se encuentra mediatizado por la castración.

En consecuencia, el delirio histérico da cuenta de realidad psíquica, da cuenta del sujeto en tanto metáfora de la operación significante, sin embargo, éste no constituye un intento de estabilización o una metáfora delirante como en la psicosis. El tema del delirio resulta jugarse bajo la lógica del inconsciente, posee un carácter simbólico “es lógico, adaptado, muy verosímil; los fenómenos interpretativos siempre están concebidos en el marco de una relación” (Maleval, 1998, pág. 97).

CONCLUSIONES

El recorrido de los capítulos y el pasaje por las lecturas abordadas permiten establecer el objetivo principal y los propósitos secundarios que sostuvieron lo escrito, por consiguiente, se ha podido entonces establecer que el delirio psicótico diverge del delirio de la locura histérica, por lo tanto, estas posiciones subjetivas son distintas.

De esta manera, se puede concluir que resulta frecuente que la presencia de un delirio sea asignada únicamente a las psicosis, no obstante, el recorrido de este trabajo declara la existencia de delirios en la histeria, en consecuencia, se puede expresamente manifestar que los mecanismos del delirio que rigen en la psicosis divergen a los de la locura histérica. La escucha de ambas posiciones y la práctica del análisis en tanto práctica de la palabra, posibilitarán el discernimiento de las diferencias estructurales que sostienen cada posición.

El retorno de Lacan a las lecturas freudianas, permite dar cuenta que la paranoia se encuentra sujeta a la forclusión del Nombre-del-Padre y, por lo tanto, a la inexistencia del acceso al orden de lo simbólico que revela la ruptura de la cadena significante al no existir la significación fálica. Entonces, se puede establecer que el sujeto paranoico se encuentra exento de tomarse como propio enunciador del discurso. Esto quiere decir que la ley del lenguaje no ha sido simbolizada en la paranoia, en consecuencia, el Otro se encuentra excluido del acto de la palabra.

Al verse abolida la función fálica se testimonia que lo forcluido en lo simbólico es decir el significante del Nombre-del-Padre retorna en lo real, impidiendo así, que el goce fálico se instituya, esto confronta al sujeto a un goce no mediatizado por el falo ya que transita por fuera de lo simbólico. De modo que, su experimentación resulta ser invasiva y devoradora para el sujeto.

El delirio entonces, es efecto de la forclusión de la ley paterna, surge como tentativa de curación, estabilización y reparación, por consiguiente, la construcción delirante tiene lugar con el único propósito de remediar la carencia fálica permitiendo así obturar el goce insaciable del cual es objeto.

Por otro lado, y en contraste con la psicosis, es posible admitir que la locura histérica ha atravesado la estructura del Edipo y castración; la simbolización del deseo de la Madre y su sustitución por el significante del Nombre-del-Padre da cuenta del éxito de la metáfora

paterna, esta operación faculta la operación del lenguaje y el registro de lo simbólico, allí donde el sujeto histérico trata de hacer reconocer su deseo. El sujeto histérico reconoce su deseo, su propio deseo insatisfecho, en la medida que el Otro está tachado. El falo entonces, instauro su esencia de significante de la falta, a pesar de que la falta sea renegada en la histeria.

La locura histérica al ser considerada como una *histeria grave* permite contemplar los aspectos que caracterizan a la histeria, como por ejemplo el deseo insatisfecho, la renegación de la falta y el acceso al goce femenino a pesar de que exprese en su decir cierto tipo de delirio, porque éste da cuenta de la posición misma de la histeria y por lo tanto de una formación del inconsciente.

En consecuencia, en la locura histérica la significación fálica está instaurada lo que permite que el sujeto no sea preso del goce que atormenta a las psicosis. Sin embargo, se entiende que la histeria tiene acceso al goce Otro, por no-toda ella ser atravesada por la castración, ya que la mujer por su posición sostiene una relación diferente con lo que hace límite en la estructura del lenguaje.

Así, la histeria puede experimentar el goce femenino y enigmático que queda fuera del dominio fálico a pesar de admitirlo, permitiendo que éste tenga efectos angustiantes e inhibidores, al igual que experiencias sin detención en el sujeto, como por ejemplo la presencia por ejemplo de delirios y las alucinaciones.

El delirio en la locura histérica tiene cabida debido a la pérdida del *locus*, que etimológicamente alude a perder el lugar, por su relación con el goce Otro que la aparta de la función fálica y así la mantiene en zona sin límite, extraviada, pues deja de sostenerse en la no-toda castración para testimoniar exclusivamente el goce Otro que no tiene ningún tipo de mediación.

El vivenciar exclusivo del goce Otro implica que momentáneamente la locura histeria no sea metáfora de la función significante y por lo tanto el delirio se origine como un intento de poner un límite al goce Otro que posee una tendencia al infinito. El delirio se presentaría, por consiguiente, como un efecto del desfallecimiento de la palabra.

Resulta sin embargo indispensable el admitir que este extravío es momentáneo pues la locura histérica ha sido atravesada por la Ley del lenguaje, a diferencia de la psicosis, en donde la metáfora delirante permite descifrar el intento de una construcción que sustituya

la inexistencia del significante del Nombre-del-Padre con la finalidad de mitigar los efectos del goce no regulado y el retorno de lo forluido en lo real.

En consecuencia, es posible dilucidar que el delirio histérico presenta metáforas que revelan el padecer del sujeto, a diferencia de las psicosis, donde si una metáfora tiene lugar es la metáfora delirante, la cual intenta suplir la función paterna forluida. Entonces, esto permite inferir que el acto de la palabra es reconocible en la locura histérica al ser metáfora de la función fálica a pesar de que momentáneamente desvíe su posición, por otro lado, en la psicosis, el delirio no está inscrito en la palabra, al verse abolido el intercambio por la imposibilidad de metaforizar, sin embargo, éste se mantiene articulado en el discurso.

Adicionalmente, el carácter de suposición de delirio en la locura histérica se encuentra claramente expresado, no obstante, el delirio de la psicosis ha revelado la exteriorización de certezas de las cuales el sujeto no puede despojarse, debido a que comprenden un intento de curación. Se debe agregar a lo mencionado que la locura histérica, expresa en su discurso glosolalias que son manifestadas por el sujeto no más de una vez, pues no recuerdan lo que ha expresado el sujeto de la enunciación, por el contrario, en la psicosis, los neologismos son claramente distinguidos y son frecuentemente articulados por el sujeto ya que al igual que la certeza constituye un intento de restablecimiento.

Por último, se ha deducido que el delirio histérico tendría como desencadenante la falta de la falta y da cuenta de la vacilación del fantasma al habitar el goce Otro, aspecto que compromete su deseo insatisfecho al verse tambaleado por la completud que deja traslucir la omisión del mismo. A disparidad de la locura histérica, el delirio psicótico resulta ser efecto de la forclusión del orden de lo simbólico, por lo que el sujeto se ve entretejido al deseo de Otro y como efecto el acceso al deseo se ve aniquilado, la confrontación con la falta resulta ser inexistente.

RECOMENDACIONES

“El discurso teórico sobre el psicoanálisis debe partir de la: construcción/desconstrucción en reversión constante” (Lew, 2003).

El psicoanálisis, da cuenta de que su discurso se sostiene en la práctica, en consecuencia, trasluce la práctica de su teoría, es decir, la práctica de la palabra en relación a la hipótesis del inconsciente. Resulta entonces indispensable el dar cuenta que la práctica del psicoanálisis, reconoce y evidencia la presencia de delirios en la neurosis. Espacios de intercambio como seminarios, conferencias, trabajo de carteles, entre otros, permiten problematizar el tema con la finalidad de reflexionar acerca de la diferenciación del delirio en la psicosis e histeria. El trabajo de construcción y desconstrucción en retorno a Freud y Lacan permiten dar cuenta de la diferenciación de ambos delirios.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, M. (Febrero de 2016). ¿Qué mismo es lo simbólico?. La metáfora delirante: hija de padre-sin-nombre. *abc diario*(5°), 19-21.
- Braunstein, N. (2001). *Por el camino de Freud* (4° ed.). Ciudad de México, México: Siglo XXI.
- Braunstein, N. (2005). Las pulsiones y la muerte. In *La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan* (pp. 11-80). Distrito Federal de México, México: Siglo XXI.
- Braunstein, N. (2005). Lingüística (Lacan, entre el lenguaje y la lingüística). En *El lenguaje y el inconsciente freudiano* (3° ed., págs. 161-235). Ciudad de México, Argentina: Siglo XXI.
- Braunstein, N. (2006). *El goce: Un concepto Lacaniano* (7° ed.). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Chemama, R., & Vandermersch, B. (2010). *Diccionario de Psicoanálisis* (2° ed.). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Czermak, M. (1987). *Estudios psicoanalíticos de las psicosis: Pasiones del objeto*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Czermak, M. (2002). *Algunas vías fundamentales de la psicosis. Investigaciones actuales de las psicosis*. (I. Sanchez, Trad.) Quito: La Letra.
- Dor, J. (1992). *Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*. Obtenido de <http://www.apdeba.org/wp-content/uploads/Dor.pdf>
- Dor, J. (2006). La estructura histérica. En *Estructuras clínicas y Psicoanálisis* (V. Goldstein, Trad., 1° ed., págs. 83-111). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1895/2006). Manuscrito H. Paranoia. En *Obras completas: Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud (1886-1899)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trans., Vol. I). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1896/2006). Manuscrito K. En *Obras completas: Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud (1886-1899)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trans., Vol. I, págs. 260-269). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1896/2010). La etiología de la histeria. En *Obras completas: Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893-1899)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trans., Vol. III, págs. 185-218). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1896/2010). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En *Obras completas: Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893-1899)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trans., Vol. III, págs. 157-187). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1897/2006). Carta 69. En *Obras completas: Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud (1886-1899)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trans., Vol. I, págs. 301-302). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

- Freud, S. (1899/2006). Carta 125. En *Obras Completas: Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud (1886-1899)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. I, pág. 322). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1905 [1901]/2000). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En *Obras completas: Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). Tres ensayos de una teoría sexual* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. VII, págs. 2-108). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905/2011). Tres ensayos de una teoría sexual. En *Obras completas: Tres ensayos de teoría sexual, y otras obras (1901-1905), «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (Caso «Dora»)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. VII, págs. 111-222). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1906 [1905]/2015). Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. En *Obras completas: Tres ensayos de teoría sexual, y otras obras (1901-1905), «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (Caso «Dora»)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. VII, págs. 261-271). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1908/1999). Sobre las teorías sexuales infantiles. En *Obras completas: El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen, y otras obras (1906-1908)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. IX, págs. 185-201). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1911[1910]/2006). Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. En *Obras completas: Trabajos sobre técnica psicoanalítica, y otras obras (1911-1913), «Sobre un caso de paranoia descrito autobio-gráficamente (Caso Schreber)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XII). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1913/2011). Animismo, magia y omnipotencia de los pensamientos. In *Obras Completas: Tótem y Tabú, y otras obras (1913-1914)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trans., Vol. XIII, pp. 70-102). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1914/2008). Introducción al Narcisismo. En *Obras Completas: Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916), «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico»* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XIV, págs. 65-98). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/2002). La represión. En *Obras completas: Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III) (1916-1917)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XIV, págs. 135-153). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1916/2010). 18º conferencia. La fijación al trauma, lo inconciente. En *Obras completas: Conferencias de Introducción al psicoanálisis (1916-1917). Parte III* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XVI, págs. 250-261). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

- Freud, S. (1917/2000). 17° conferencia. El sentido del síntoma. En *Obras completas: Conferencias de introducción al psicoanálisis. Parte III (1916-1917)* (Vol. XVI, págs. 235-249). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1923/2000). La organización genital infantil. Una interpolación en la teoría de la sexualidad. En *Obras completas: El yo y el ello, y otras obras (1923-1925)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XIX, págs. 141-149). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1924/2008). La pérdida de realidad de la neurosis y psicosis. En *Obras completas: El yo y el ello, y otras obras* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XIX, págs. 189-197). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1924/2008). Psicosis y Neurosis. En *Obras Completas: El yo y el ello, y otras obras (1923-1925)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XIX, págs. 151-159). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1924/2012). El sepultamiento del complejo de Edipo. En *Obras completas: El yo y el ello, y otras obras (1923-1925)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XIX, págs. 177-187). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1925/2000). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos. En *Obras completas: El yo y el ello, y otras obras (1923-1925)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XIX, págs. 259-278). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1925/2001). Presentación autobiográfica. En *Obras completas: Presentación autobiográfica, Inhibición, síntoma y angustia, ¿Pueden los legos ejercer el análisis?, y otras obras (1925-1926)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XX, págs. 28-37). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1925/2010). Las neuropsicosis de defensa. En *Obras completas: Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893-1899)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. III, págs. 47-61). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1931/1999). Sobre la sexualidad femenina. En *Obras completas: El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura, y otras obras (1927-1931)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XXI, págs. 223-244). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1932/2008). 31° conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica. En *Obras Completas: Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, y otras obras (1932-1936)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XXII). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud. (1908/1999). Las fantasías histericas y su relación con la bisexualidad. En *Obras Completas: El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen, y otras obras (1906-1908)* (J. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. IX, págs. 138-147). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Kruger. (2014). Misterios femeninos. En I. Desuk, *Revista Analítica* (págs. 21-30). Buenos Aires, Argentina: EDULP.

- Lacan, J. (1946/2003). Acerca de la causalidad psíquica. En *Escritos I* (págs. 142-183). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1953-54/1981). *Seminario I: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1955-56/1998). *Seminario III: Las Psicosis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1956-1957/1998). *Seminario IV: La relación de objeto*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1957-58/1999). *Seminario V: Las Formaciones del Inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1958/2003). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En *Escritos II* (págs. 509-557). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1969-70/2013). *Seminario XXVII: El Reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1971-72/2012). *Seminario XIX: ...o peor*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1972-73/1998). *Seminario XX: Aún* (4° ed.). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1975-76/2005). *Seminario XXIII: El sinthome*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2009). El estadio del espejo como formador de la función yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos I* (págs. 99-105). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Landman, C. (2013). Primer encuentro de E.P.L con Claude Landman sobre el seminario "Las estructuras lacanianas de las psicosis" de Charles Melman. En *Trayectoria. 20 años de transferencia de trabajo con la Asociación Lacaniana Internacional* (págs. 447-491). Quito, Ecuador: Rayuela.
- Lew, R. (2003). *Dar cuenta de la práctica*. París: Dimensions de la psychanalyse & Co.
- Lombardi, G. (2004). *Clínica del psicoanálisis III. Las psicosis*. Buenos Aires: Atuel.
- Maleval, J. (1996). *Locuras Históricas y Psicosis Disociativas*. Buenos Aires, Argentina: Paidós Ediciones.
- Maleval, J. (1998). *La lógica del delirio*. Barcelona, España: Serbal.
- Maleval, J. (2002). *La Forclusión del Nombre del Padre*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Mazzuca, R. (2001). *Las psicosis*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Mazzuca, R. (2012). Los excesos de histeria. En F. Schejtman, *Elaboraciones lacanianas sobre las neurosis* (1° ed., págs. 97-107). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

- Melman, C. (1899). *Nuevos estudios sobre la Histeria*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Melman, C. (1992). Conferencia sobre la histeria. En *Trayectoria. 20 años de transferencia de transferencia con la Asociación Lacaniana Internacional* (págs. 15-42). Quito, Ecuador: Rayuela Editores.
- Muñoz. (2011). *LA LOCURA Y SUS VERSIONES EN LA OBRA DE J. LACAN II: LOCURA Y PSICOSIS*. Obtenido de Anuario de Investigaciones en línea. UBA: <https://www.aacademica.org/000-052/791.pdf>
- Muñoz, P. (2010). *Locura histérica o histerias enloquecidas*. Obtenido de II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVII Jornadas de Investigación Sexto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR: <https://www.aacademica.org/000-031/816.pdf>
- Nasio, J. (2011). *Los más famosos casos de psicosis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Orvañanos, M. (1983). Los Complejos de Edipo y Castración. En N. Braunstein, *La reflexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan* (págs. 170-204). México D.F, México: Siglo XXI.
- Palau, S. (2015). *El delirio neurótico según Freud*. Obtenido de https://www.kennedy.edu.ar/wp-content/uploads/bsk-pdf.../2016-09-19_116.pdf
- Ramírez, J. (2008). Hacia una clínica de suplencias en la psicosis. *Revista electrónica del departamento de psicoanálisis. Universidad Antioquia*. Obtenido de Hacia una clínica de las psicosis.
- Rivadero, S. (1998). *Escuela Freudiana de Buenos Aires*. Obtenido de www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline_1176.pdf
- Saal, F. (2005). El lenguaje en la obra de Freud. En N. Braunstein, *El lenguaje y el inconsciente freudiano* (págs. 11-65). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Sechehaye, M. (1958). Diario de una esquizofrénica. El milagro de unas manzanas. En *La realización simbólica y diario de una esquizofrénica* (págs. 161-166). México D.F, México: Fondo de cultura económica.
- Tendlarz, S. E. (2006). *Relaciones y diferencias entre la histeria y la feminidad*. Obtenido de <http://www.silviaelenatendlarz.com>
- Tendlarz, S. E. (2013). *Las mujeres y sus goces* (2° ed.). Buenos Aires, Argentina: Coleccion Diva.
- Vallejo, P. (2014). Lo femenino y el límite del lenguaje. En Desuk, *Lo masculino y femenino en el nuevo orden simbólico* (págs. 87-95). Buenos Aires: EDULP.